

EL PRÍNCIPE

COQUELUCHE



EL PRÍNCIPE  
COQUELUCHE

SU INTERESANTE HISTORIA

Y LA

DE SU COMPAÑERO MUSTAFÁ

POR

EDUARDO OURLIAC

VIÑETAS DE EUGENIO LÁCOSTÉ

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

POR

D. MARIANO URRABIETA



20.198

LIBRERÍA DE LA V<sup>DA</sup> DE C. BOURET

PARÍS

23, rue Visconti, 23

MÉXICO

14, Cinco de Mayo, 14

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



---

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley.

---



EL  
PRÍNCIPE COQUELUCHE

---

I

Nacimiento de Coqueluche.

El visir Picoglán era señor de [más de ochenta y nueve pueblos, aldeas, lugares y chozas, sin contar los castillos y granjas en el afortunado reino de Frangipana

que se extiende entre el Cáucaso, la Paflagonia, el imperio Tunquin, las tierras Embrolladas y el país Cazurro, tirando hacia el poniente á mano izquierda y subiendo al septentrión, como el que quiere ir á las tierras de los Coquelindorfos (si me engaño, es poca cosa). Los geógrafos no han indicado en los mapas tal región, pero ha sido por inadvertencia, por descuido ó de intento.

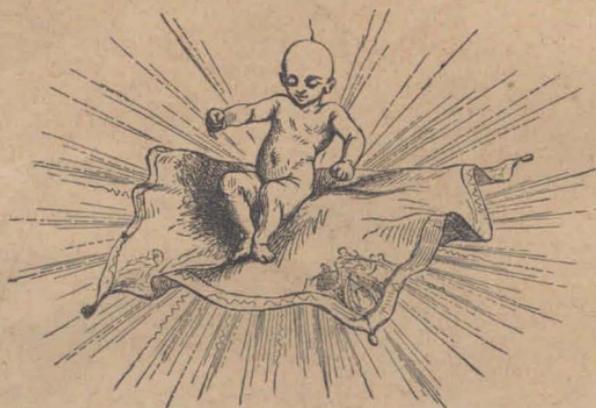
Reinaba á la sazón el sultán Cabeza de Buey, vigésimoprimerero del mismo nombre, si es que no olvido alguno, y que descendía en línea recta de la estrella polar, de donde tenía un brillante parentesco con los astros, por más que en los árboles genealógicos estuviese algo oscuro, y así era que solía tomar en los actos privados ó públicos los títulos de Ojo del Día, Aliado de las brumas de abril, Luz increada y cuñado del Zodíaco. Decíase también primo del Sol, pero sin insistir mucho en ello. En suma, era un soberano excelente; permitía que anduvieran descalzos aquellos de sus súbditos que no tenían zapatos y quería también que los que no tuviesen pan comiesen bollos. Los panaderos por poco se arruinan. Tiempo feliz, á la verdad; de seguro podría yo escribir un libro cien veces más fastidioso que éste con sólo enumerar las reformas que aquel sabio sultán introjudo en los pompones de su guardia. Cierto es que secundó estas grandes tareas políticas su visir Picoglán, hombre de tomo y lomo, prudente, alegre, servicial y



muy cuidadoso de la felicidad del pueblo cuando pensaba en semejante cosa; pero es el caso que era muy distraído.

En aquel alto grado de gloria, Picoglán hacía largo tiempo que deseaba tener un hijo; y sucedió que se colmaron sus votos hacia la luna décimotercia del año mingreliano de Frangipana, lo que equivale entre nosotros al 13 de marzo cuando la Pascua cae en domingo: tuvo pues un hijo que llamó Coqueluche, lo cual en la lengua del país significa sonrosada Aurora, porque el joven señor era efectivamente para sus padres como la aurora de un hermoso día muy deseado.

No os hablaré de los festejos que con tal motivo hubo en los vastos señoríos del visir; concretándome á decir que todos los ríos de la comarca atajados con



diques de azúcar piedra, canela, naranjas y nueces arrastraron en lugar de agua una exquisita limonada, lo cual, entre paréntesis, fué causa de que muchos niños que se estaban bañando, bebiesen tanta limonada que se ahogaron.

Soltaron por aquellos campos una porción de corzos, ciervos, jabalíes y otras piezas de caza bien asadas, con el cuchillo y el tenedor clavados en los lomos y la salsa correspondiente en las orejas. Cada cual cortaba su tajada sin molestarse, pues calentitos y todo corrían al través de la muchedumbre.

Más de trescientas diez y nueve leguas cuadradas del país se iluminaron muchas noches con vasitos de colores y farolillos pintados que formaban bonitos edificios y entrelazaban con luminosas guirnaldas los



árboles de la selva; los pájaros no sabían lo que aquello quería decir y no podían cerrar los ojos un instante.

Las danzas del pueblo y el ruido de los tímpanos, de los tam-tams, los gons y otras piezas de cocina que servían allí de instrumentos de música, producían tal estrépito, que la provincia más próxima, distante ocho jornadas de marcha, pensó que temblaba la tierra en sus cimientos y que había llegado el día del juicio final.

Diez días duraron aquellas fiestas con una alegría indecible, y las apreturas fueron tales, que se contaron más de siete mil pies torcidos y otras tantas costillas hundidas; lo cual demuestra que las fiestas se prolongaron demasiado y que los juegos, sean públicos, ó privados, deben encerrarse en ciertos límites si se quieren evitar accidentes siempre deplorables.

El sultán tomó mucha parte en el gozo de su visir y nombró inmediatamente al recién nacido porta-mecha

del Mono verde, orden militar famosa á la sazón; pero

que vino en decadencia desde que se prodigó á los viajeros ilustrados y á los traficantes de Europa; además, el sultán se comprometió formalmente á nombrar después al niño primer ministro, si es que poseía los talentos propios para ese empleo y si no se moría del sarampión; por último, le envió quince camellos cargados de mu-

ñecos para cuando empezara á tener juicio.



Nada habría qué decir sobre la infancia de Coqueluche, que fué parecida á todas, si sus padres y los aduladores no hubiesen querido ver maravillas particulares en las cosas más comunes. Así pues, hubieron de observar que había nacido en el día que llamaban del *Sable de palo* y de aquí dedujeron que sería un gran conquistador, sin pararse en que en el mismo día habían nacido como catorce mil criaturas sólo en el territorio del imperio; y además, como parece ser que estornudó al venir al mundo, pensaron que traía la especial protección de los dioses, pues que en tales casos se dice : *Dios te ayude.* « Será muy vivo, decían las ayas cuando le veían agitar sus bracitos; — y generoso, añadían cuando babeaba; — y muy elocuente, cuando gritaba; — y modesto, cuando rendido de llorar tenía que callarse; — y prudente, siempre que dormía. »

Difícil habría sido que estas adulaciones no hiciesen impresión en su madre, pues las madres siempre están inclinadas á ver en sus hijos perfecciones únicas en



el mundo, lo cual debe admirarse, puesto que la naturaleza quiere que amen á sus hijos más que á los de otros; pero el exceso es malo, y Bergamota, madre de Coqueluche, cayó en el exceso persuadiéndose locamente de que todo cuanto le decían de su hijo era pura verdad, pues nō había maravilla como él en el mundo; lo cual demuestra que nada hay peor que nacer en una categoría muy elevada, á menos de nacer en una condición muy miserable, porque la pobreza engendra tantos vicios como los tesoros.

## II

### Etimología del nombre de Coqueluche.

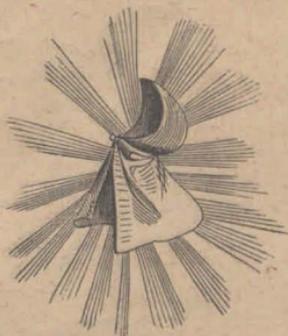
Á su entrada en el mundo, Coqueluche se resfrió horriblemente, y su madre Bergamota, viendo lo que padecía tosiendo tanto, mandó que todos los niños de sus dominios tosieran también para ayudarle un poco.

Esto aclara una duda que ha preocupado mucho á los sabios, pues por una parte llaman *coqueluche* (tos ferina) á una espantosa enfermedad que arranca el alma del cuerpo á fuerza de toser y por otra se dice de una persona muy simpática, muy querida que es la *coqueluche* de la ciudad, de la corte, de las mujeres, de la juventud, etc.



El docto Valeriola, Menage y Monet dicen sobre este punto que por el año de gracia de 1414 el pueblo de Francia se resfrió hasta tal extremo, que á los abogados se les secó la campanilla en la garganta, lo cual está muy bien ; los tribunales se cerraron y hasta las cátedras de los colegios se quedaron mudas, calamidad espantosa que apenas puede uno imaginarse. Añaden que la enfermedad se llamó *coqueluche*, porque los pacientes, que eran muchísimos, se envolvían la cabeza con una *coqueluche* ó capucha de monje, y sin duda por el gran uso se enrarecieron y faltaron las capuchas, pudiéndose así decir en estilo figurado de una cosa ó de una persona de valor, que era la *coqueluche* de los nobles, de los plebeyos, los villanos, las mozas, las mujeres, etc., etc.

Otros sostienen que las mujeres tomaron por moda la tal *coqueluche* y que el dicho nació por alusión á esa moda.



Finalmente, el doctor Lebon ha escrito que el nombre de la enfermedad proviene del remedio que le aplicaron, remedio que se hacía con flores de *coquelicot* (amapola) y de aquí *coqueluche*. Quedamos enterados, seguramente.

Yo por mi parte evito mezclarme en tan arduas cuestiones, pues no hace mucho tiempo que he empezado á estudiar; mas sin embargo, quizás me halle en estado de aclarar el punto un poquito, y como muchas veces he oído preguntar si el lindo Coqueluche mereció su nombre por causa del resfriado que tuvo, ó porque era el amor ó la coqueluche de su madre, digo y sostengo que, por el contrario, el fuerte resfriado que todos los niños tuvieron como él se llamó así por causa de su nombre y que también se dice *la coqueluche de las mujeres* porque Bergamota amaba con delirio á su hijo Coqueluche. Esto lo explica todo; para algo ha de servir estudiar historia.

## III

Consulta de doctores para cuidar al niño.

A consecuencia de aquel gran resfriado Bergamota hubo de concebir los más vivos temores á causa de los demás accidentes que amenazaban la existencia de su hijo; y teniendo entendido que la ignorancia y la rutina podían entorpecer grandemente el medro de las criaturas, se valió del crédito de su esposo para reunir á todos los magos, físicos y filósofos de Frangipana para consultarlos sobre el medio mejor de cuidar á Coqueluche. Los doctores acudieron de todos lados, los unos barbudos, los otros no, todos muy resueltos, y Bergamota, que se interesaba mucho en el asunto, quiso presidir el areópago.



La asamblea tuvo lugar en una espaciosa sala de la casa de campo de Picoglán, dispuesta para este efecto; y de veras fué imponente: digo asamblea, porque se contaron allí nada menos que cincuenta y dos nodrizas,

niñeras, criadas, acompañantas, ayas y matronas agregadas á la servidumbre, y en medio de ellas aparecía con mucha pompa el tierno Coqueluche, gritando y echando babas que era un portento, cubierto de finos pañales y encajes que le importaban un pito.



Á su lado, como edecanes, se veían dos mozas de servicio, cada una con veinticinco docenas de envoltorios de repuesto.

Sentados los sabios, Bergamota expuso el objeto de la deliberación y el alto interés que en ella tenía, discutiendo sobre esto maravillosamente; después de lo cual pidió al anciano Manchafua que como decano, diese su parecer el primero de todos.

« Graciosa Bergamota, exclamó el venerable, ¿por qué hay en el mundo tantos chicos torcidos, patizambos, jorobados y cojos? Porque las torpes nodrizas los envuelven estrechamente como salchichones impidiendo que tomen su natural desarrollo. Pues así como un arbustillo paralizado en su crecimiento se retuerce, languidece y

muere, así también los delicados miembros de los niños se hacen raquíuticos y toman malas formas, cosa muy terrible porque ya no se enderezan nunca. Ante todo, pues, conviene quitarle al niño todas las aperturas.

— ¡ Por mi dedo meñique, juro que no se puede hablar mejor! dijo Bergamota; quitadle las envolturas al niño. Pero oigamos á otro, todos deben hablar. Tenéis la palabra, Achicoria. »

Achicoria, sabio solitario de la isla de la Lechuga, se levantó y dijo :

« Pues yo, Bergamota, atribuyo todos los males de los hombres, jorobas, torceduras y demás á que no les apretaron bien en sus pañales cuando eran niños. Las criaturas no saben lo que se hacen; si las dejáis libres en sus movimientos, se llenarán de chichones, se sacarán los ojos, se aplastarán las narices, se torcerán sus miembrecitos en posturas peligrosas, quedándose estropeadas para toda la vida, lo mismo que el arbustillo



abandonado á sí mismo destaca por todas partes ramajes



inútiles, crece retorcido, raquítico, perdiendo su savia, en tanto que si el jardinero le ata y dirige sus ramas cuidadosamente, la savia se encamina hacia donde hace falta y resulta un árbol derecho y robusto.

— ¡Dios poderoso! exclamó Bergamota; es imposible negar que tiene razón. »

Con efecto, el mismo murmullo de aplauso que había acogido las palabras de Manchafua se aplicó á las de Achicoria, y la pobre Bergamota se quedó sumamente perpleja. Con ánimo de ilustrarse, ó sin saber lo que hacía, interrogó á Caramelo, Turlupín, Testaferro,

Kaliur, etc.; pero los sabios se dividieron en dos opiniones ó añadieron otras no menos contrarias entre sí, lo que causó tal estrépito que nadie se entendía. La pobre Bergamota estaba atónita, las niñeras horripiladas y estupefactas las nodrizas, y entre tanto el tierno Coqueluche gritaba con penetrante voz :

— ¡ Miau ! ¡ Miau ! ¡ Miau !

— ¡ Dice *sí* ! exclamó Manchafua.

— ¡ Dice *no* ! replicó Achicoria.

— Aprueba mi sistema, decían unos.

— Se inclina á mi opinión », gritaban otros.

Y sobre esto se aumentó á tal punto el furor de los sabios, que parecía se iban á morder; mientras la desdi-



chada Bergamota se afligía profundamente, porque temía la disputa de los doctores y porque no daba resultado la consulta.

« Señores, decía, por piedad, explicaos; ¿ cómo se ha de quedar en la incertidumbre mi amado Coqueluche? »

Una de las nodrizas exasperada con aquel desorden, no menos que con el triste estado en que veía á su señora, exclamó con voz aguda :



« Señora, permitidme que diga una palabra.  
— Habla Gurrimanda », contestó Bergamota.  
Gurrimanda era una mujer experimentada, desenvuelta, franca y sensata.  
« Á fe mía, exclamó poniéndose en jarras ¿ qué



necesidad tenemos aquí de esa colección de vejesterios? ¿ Acaso los hombres sesudos tienen que meterse para nada en los pañales de un niño? Yo, que estoy hablando, he dado de mamar á catorce criaturas, y que

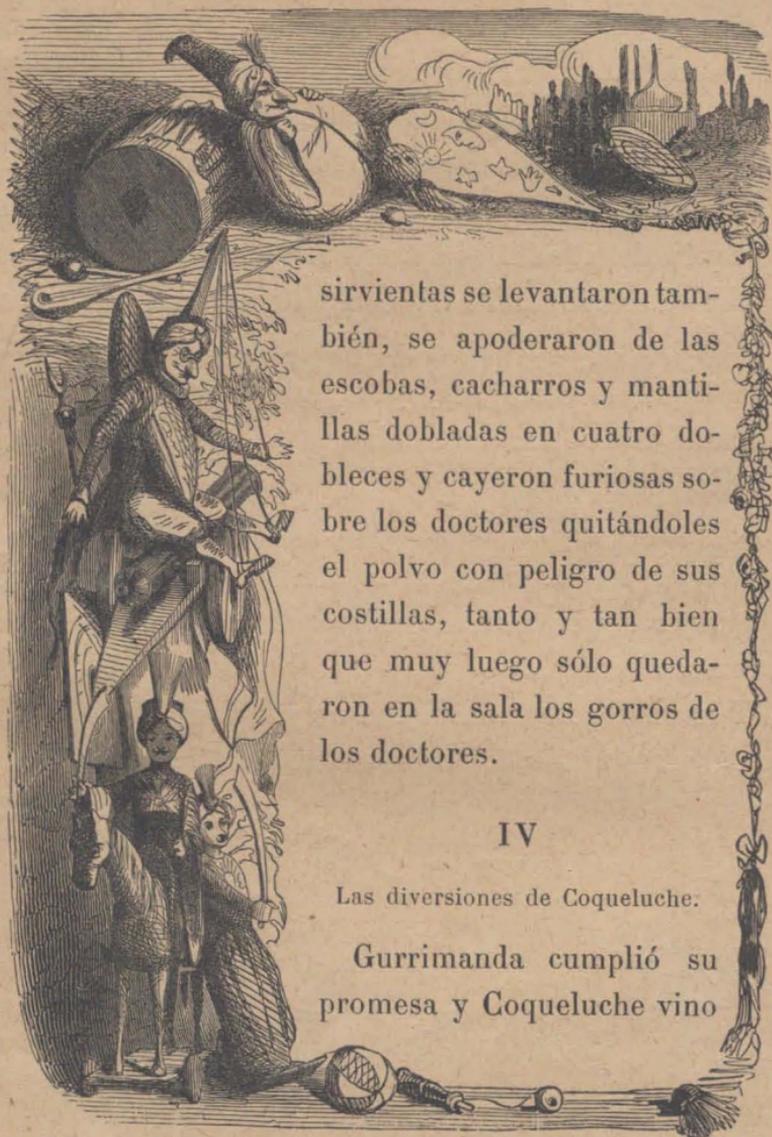
vayan á verlas hoy; son todas personas derechas como cañas, lozanas y floridas como la primavera, bien distintas de esos ridículos doctores. Confiadme el niño, Bergamota, que le cuidaré como si fuera su abuela y que me condenen á escuchar otra vez en mi vida á los sabios, si de aquí á dos años no os entrego una magnífica criatura. »

Este discurso hacia tal contraste con las anteriores ceremonias, que el auditorio, perdiendo el respeto, soltó una inmensa carcajada; y aun hubo algunos sabios bastante listos para convenir en que podía tener razón Gurrimanda.

« ¿Para qué habéis venido á calentarnos los oídos? prosiguió Gurrimanda; ea, ea, añadió volviéndose hacia las mujeres, que todas hagan lo que yo y pronto despejaremos el campo. »

Y levantándose armada con un pañal en el que había hecho cinco nudos, todas las niñeras, matronas, mozas y





servientas se levantaron también, se apoderaron de las escobas, cacharros y mantillas dobladas en cuatro dobleces y cayeron furiosas sobre los doctores quitándoles el polvo con peligro de sus costillas, tanto y tan bien que muy luego sólo quedaron en la sala los gorros de los doctores.

#### IV

Las diversiones de Coqueluche.

Gurrimanda cumplió su promesa y Coqueluche vino

á ser una hermosa criatura; pero Picoglán comprendió que á él correspondía hacer de Coqueluche un hombre. Desgraciadamente los asuntos de Estado no le dejaban tiempo para ocuparse de su hijo tanto como él había querido, y con sentimiento tuvo que abandonarle á Bergamota que le amaba con delirio y por consiguiente con esas extravagancias propias de las madres á quienes ciega el cariño. V. g. cuando le vió en estado de poder jugar, quiso darle toda clase de juguetes, los encargó á los mejores fabricantes del imperio, propuso premios á los que inventaran alguna novedad y con tal motivo se produjeron cosas estupendas que Bergamota pagaba más que generosamente.

Todos los días estaba invadido el palacio por artesanos que acudían á presentar sus obras maestras. Pero sucedió que Coqueluche se acostumbraba á los juguetes más preciosos como si fueran vulgares muñecos, y más aún porque abundaban mucho, y que acababa siempre por aburrirse como el hijo de un cualquiera; á veces tenía envidia á los hijos del pueblo que veía jugar desde sus ventanas con un sombrero de papel y un sable de palo. La comparación le desesperaba y aumentaba su enojo, pues rabiaba observando cómo se divertían aquellos plebeyos menudos, en tanto que el hijo del gran visir y algo pariente de la Osa mayor, por antigua alianza, no sabía cómo pasar el tiempo. Así la bondad

de los dioses da ya en la infancia las primeras lecciones de moderación y sobriedad; pero ¡cuán pocos son los niños que las aprovechan, y cuán pocos también los hombres!

Un día un servidor del palacio, que era muy jovial, viendo el aburrimiento en que estaba sumido Coqueluche



le aconsejó amistosamente que con un martillito se pegara en los dedos; pero despidieron al pobre criado porque Coqueluche hizo la prueba y se quejó amargamente.

Otro le aconsejó que trabajara, diciéndole que el trabajo es como la sal del placer; pero recibió por ello una buena reprimenda, pues Bergamota replicó: « ¿Acaso mi hijo ha nacido para trabajar? Eso es bueno para vosotros, villanos, y si mi hijo se aburre, ¡siquiera se aburre noblemente! »

De todos modos la incurable languidez de su hijo la alarmaba; encargó unos juguetes á peso de oro y como el fastidio provenía ya de tantos juguetes, el remedio empeoraba la enfermedad.

Y á todo esto los fabricantes daban á luz nuevas maravillas, entre las cuales debemos contar un pabellón

entero ricamente amueblado que llevaron al palacio en un tablero con ruedas y que era una pieza de repostería. Su forma exterior afectaba la de una pagoda con tres cúpulas de azúcar labrada que relucían al sol sostenidas



en columnas de caramelo y llenas de campanillitas cuyo cuerpo era una oblea y el badajo un piñón, de modo que hacían los más bonitos repiques que pueden oirse, como los platillos chinescos que llevan las músicas militares.

El edificio estaba rodeado de unas graderías de bizcocho de canela, simétricamente incrustadas de almendras, pasas de Corinto y cáscaras de limón en dulce, y las baldosas de la sala eran de mazapán y de turrón entrecortadas y formando preciosos dibujos que representaban toda la historia de Corisanda, aquella beldad que tenía chatas las narices. Como se necesitaba alguna frescura para que no se derritiera el edificio, veíase en medio de

la pieza una fuente hecha con una salvilla de la que brotaba con suave murmullo un chorro de limonada; así como en las paredes había también carantoñas y hocicos de león de chocolate, arrojando á gruesos borbotones horchata, suero y agua de naranja en pilones de almendrado, blancos como la nieve, formando conchas primorosamente esculpidas y que chorreaban un poco porque la humedad era extraordinaria.

Todos los muebles eran asimismo obras de confitería. Las esteras estaban tejidas con huevos hilados, los papeles de los cucuruchos de dulces servían de colgaduras, los sofás eran cofrecillos de confites, los jarrones, arañas y candelabros azúcar cristalizada; en las esculturas brillaban pastillas multicolores y las paredes tenían un revestimiento de almendras bañadas que ofrecían el aspecto más apetitoso que puede imaginarse.

No obstante su hastío de todas las cosas, Coqueluche al ver el edificio lanzó un grito de alegría, penetró al instante en el pequeño palacio diciendo con mucha gravedad que no saldría de allí en todo el día y que si alguien le llamaba, sobre todo si era alguno de sus ayos, que le respondieran que estaba ocupadísimo.

Muy contentos le dejaron que se entretuviera porque era muy raro que le gustara ningún juguete. Solo, pues, dentro de su casita, Coqueluche arreglaba los muebles, lo ponía todo en orden y por su trabajo se chupaba los

dedos. Ahora bien, como el comer y el rascar todo es empezar, sucedió que quiso probar los almohadones para ver si estaban bien rellenos, y habiéndose roto un banquillo no pudo permitir que se perdieran los pedazos, se lavó las manos en la fuente y se las enjugó con la lengua : en suma, todos aquellos utensilios eran tan sabrosos, que Coqueluche hizo en el mueblaje el más horrible destrozo que se ha visto nunca en el cuarto de un muchacho soltero.

Pero ; ay ! estaba aún en medio de aquellas ruinas que parecían los restos de unos postres á la conclusión de un opíparo banquete, cuando he aquí que de repente se siente acometido de un malestar indecible acompañado de terribles náuseas. Los maravillosos objetos que tiene en su derredor le horrorizan, hasta su olor le repugna : no podía persuadirse que hubiese comido tantas golosinas. Cayó en tal prostración que ni pudo llamar : se apretaba la tripa con las manos lanzando suspiros y haciendo un gran esfuerzo logró arrastrarse hasta el sofá donde se quedó inmóvil como una estatua.



Entre tanto los de fuera se regocijaban porque al cabo había encontrado una diversión y, como no parecía según su costumbre, ni daba señales de vida, se alegraban tanto más y no se cuidaban de buscarle, ya que el palacio de azúcar era tan de su gusto.

Sin embargo, venía la noche y su nodriza Gurrimanda, que conservaba con él ciertas libertades, quiso ver cómo se divertía. Se acerca, pues, al pabellón y desde luego se sorprende porque no oye ruido alguno; pero esto no es nada, la sorpresa se aumenta cuando ve corridas las cortinas como si Coqueluche estuviese ausente. Levanta el cortinaje de la puerta y le distingue tendido en la sombra sobre un sofá, lo cual la da una gran pesadumbre porque se figura que aquel juguete le ha fastidiado ya como los otros.

« Señorito, exclamó con voz afligida, ¿ qué hacéis ahí? ¿ Cómo podéis dormir en vuestro maravilloso palacio? ¿ Por qué no os habéis comido la mitad de los muebles? ¿ No sabéis que todos ellos son obras de confitería que os están destinadas?

— Gurrimanda, corred la cortina, responde Coqueluche un tanto confuso.

— ¡ Que corra la cortina! dice Gurrimanda. ¿ Conque también desdeñáis este juguete? Pues no tenéis más que examinarle : todo en él es azúcar y probando aquí y acullá habríais hecho una merienda deliciosa.

— Gurrimanda, repite Coqueluche, corred la cortina. »

Pero el celo de Gurrimanda era implacable y justamente le llevaba á la boca todo lo que le podía hacer más sensible su desgracia.



« ¡Cómo! exclamaba; ¿ni siquiera os habéis divertido unos minutos? ¡Dios mío! ¿qué podremos ya inventar para distraeros? Príncipe mío, os harán mucho daño la sobriedad y la melancolía. ¿Habéis probado siquiera los bizcochos? ¿un par de almendras? ¿un azucarillo?... »

Y viendo que Coqueluche meneaba la cabeza, Gurrimanda continuó :

« Pues si es así, tanto mejor, con tal de que no estéis hastiado y podáis seguir comiendo.

— Gurrimanda, os pido por favor que corráis la cortina, replicó con ansiedad Coqueluche, me siento indispuerto. »

Al oír estas palabras, la nodriza penetró en el pabellón y apenas dió dos pasos vió los destrozos y gritó levantando las manos al cielo : :

« ¡Dios mío! ¿qué habéis hecho? ¿os habéis comido todo lo que falta?

— Sí, Gurrimanda, balbuceó con voz doliente Coqueluche.

— ¡Socorro! ¡Socorro! No me extraña que estéis indispuerto, habrías podido mataros.... Voy á llamar á los hombres de ciencia. »



Con efecto, salió, hizo mucho ruido y volviendo al lado de Coqueluche le dijo como riéndole :

« Que os sirva de escarmiento; la moderación es buena en todas las cosas : ¿qué provecho podéis sacar de los muebles de un palacio si los devoráis en un día? Yo pensaba que habrías dado al traste con los quinqués, y aun cuando os hubierais excedido con dos ó tres sillones, podía haber pasado todo eso sin peligro. Habrías dejado para mañana las balaustradas, aplicando algún mordisco que otro á las cornisas. Pero no : ha sido un destrozo casi completo de alfombras, candelabros, cacerolas, paredes, escaleras, todo, hasta los cuadros y la arquitectura. No me extraña que no pueda el estómago con una carreta de muebles. »

Acudió gente, médicos, boticarios y criados. Envolvieron á Cóqueluche en servilletas calientes; Bergamota estaba desesperada y al verla así arrojaron el pabellón desde lo alto del palacio á la calle y allí durante diez y siete días el pueblo halló bastante azúcar para tomar té bien dulce. Más de quinientos galopines murieron de



indigestión porque habían pasado días y noches sobre los escombros; y con lo que quedaba los pobres se hicieron natillas. Siete semanas después del suceso los perros errantes lamían aquel sitio. Sin embargo, quedó prohibido ofrecer de esta clase de juguetes al príncipe Coqueluche, hijo del glorioso y prudente visir Picoglán.

## V

Otras diversiones.



A golosina le costó al pobre Coqueluche tres días de cama y el caso es que los fabricantes de juguetes estaban muy apurados para imaginar algo nuevo después de aquella experiencia; por fortuna el joven príncipe tenía

mucha afición á los juegos militares y por lo tanto les quedaba este recurso. Habíanle forjado ya armas de toda clase, sables, lanzas, mosquetones, arcabuces, cañones de diversos calibres, todo proporcionado á su pequeñez para que no pudiera hacerse daño; lo cual quiere decir que los sables eran de hermosa hojalata bien brillante, redondeados por la punta y con su guarda filo que inutilizaba el corte; las lanzas, picas y flechas tampoco tenían punta; los cañones no lanzaban más que garbanzos y el gatillo de los mosquetones soltaba un muelle de alambre en tirabuzón que producía un ruido argentino de ninguna consecuencia.

Ahora bien, esto era lo que desagradaba á Coqueluche que se cansaba al instante de aquellas armas de *mentirijillas* y las quería *verdaderas*.

Para consolarle de las decepciones de su último juguete, le hicieron una bonita cimitarra labrada, con la vaina y la guarnición esculpidas, con una hoja de fino acero de Damasco afilada y cortante que daba miedo.

Coqueluche se extasió de alegría y todos los que le rodeaban se pusieron muy contentos. Inmediatamente salió al patio para hacer evoluciones con su sable y que reluciera al sol; pero ¡ay! al minuto de su salida se oyeron agudos gritos, y volvió gritando que el maldito sable no estaba domesticado y le había cortado la mitad de la oreja. Con efecto, como Coqueluche no conocía

el manejo de las armas al primer molinete se rozó una oreja y salió sangre. Sin embargo, examinando la herida, vieron que era un rasguño y nada más; pero podéis figuraros si se estremecería Bergamota al pensar que su amado hijo había estado á punto de quedarse medio desorejado; lo que habría implicado la necesidad de cortarle la otra oreja para establecer la simetría y que no tuviera cabeza de doguillo.



« Queríais un sable de verdad, de acero fino, decía Gurrimanda á su joven amo, y os ha herido de veras; no tenéis por qué quejaros, la culpa es vuestra. »

Pero Bergamota le impuso silencio.

Se prohibió, pues, que dieran á Coqueluche armas, tan poco respetuosas, prohibición que también se eludió, como veremos seguidamente. Un artífice muy diestro, excitado por la recompensa que proponía Bergamota, hizo una obra admirable que obtuvo permiso para presentar á Coqueluche : era una pieza mecánica considerable, que se desmontaba y que el inventor con sus operarios armó en el patio del palacio. Vais á saber lo que aquello representaba.

En una plataforma de madera bastante grande que figuraba perfectamente un terreno con zarzas, piedras y árboles bien imitados, se veía del tamaño natural un encuentro de tropas tártaras, infantería, caballería y arqueros á punto de entablar la pelea. Las figuras tenían tres pies de altura, y los caballos, los hombres y las armas estaban trabajados con esmero. Inspiraban respeto y temor aquellas tropas, pues parecía que soldados y animales respiraban : los ojos de los guerreros chispeaban y los alazanes parecían arrojar fuego. Y aun había más : á una señal que dió un operario apretando un muelle, los trompeteros tocaron, los tambores dieron un redoble, los arqueros articulados lanzaron una lluvia de dardos y las tropas enemigas se precipitaron una sobre otra en un orden de batalla admirable.



El combate se empeñó, pues, con asombro de los espectadores. Los jinetes cargaban deslizándose por unas

ranuras y levantando el brazo á compás se administraban recíprocamente furiosos golpes de cimitarra que resonaban sobre los cascos; los infantes, moviéndose en columna combatían cuerpo á cuerpo y los golpes de las picas se oían en las corazas; por último, los arqueros emboscados en las alas tiraban sin cesar al grueso de los ejércitos. Lo más curioso es que los combatientes no se hacían daño ninguno y no se estropeaban los uniformes, tan bien calculada estaba la fuerza de los golpes. En suma, después de haberse cruzado y enredado sacudiéndose, los dos partidos se separaban, se retiraban en buen orden y volvían á sus respectivos puestos, donde de repente, una vez que el operario detenía el resorte, se quedaban inmóviles, con el brazo, el pie y la pica levantados aún como animados por un resto de furor belicoso. Pero este pequeño desorden se remediaba fácilmente: el obrero pasaba la mano por las filas y la formación venía á ser irreprochable.

Un grito unánime de admiración resonó entre los espectadores: nunca se había visto nada más hermoso y seguramente los combates verdaderos valían menos que aquél, puesto que sus resultados son mucho más funestos. Coqueluche se quedó encantado; lo que puso el colmo á la alegría de todos; dijo que él iba á mandar aquellas tropas y que si le dejaban, un día podría tenerlas bastante aguerridas para conquistar un reino.

« Ciertamente, príncipe, dijo el operario; pero ante todo me permitiréis que os enseñe á manejar los resortes. »

Coqueluche apenas quiso escucharle y saltó al instante sobre el caballo de uno de los generales tártaros que le tenían dispuesto. Lo primero que hizo fué pasar revista á las dos tropas, al redoble de los tambores y caracoleando orgullosamente al frente de batalla; y todo el mundo al verlo tan alegre se retiró satisfecho pensando que esta vez tenía diversión siquiera para todo un día.



En cuanto Coqueluche se vió solo, su transporte bélico creció de punto; lanzaba voces de mando con furor y respiraba fuego y sangre; pero las tropas permanecían inmóviles sin hacer caso de aquel ruido.

Entonces se acordó de que era preciso apretar un muelle; le apretó pues, y los combatientes se lanzaron en tanto que Coqueluche cruzaba y daba vueltas por en medio de ellos gritanto á más no poder, para darse el tono de general en jefe.

Pero ¡ay! metiéndose en el centro, recibió algunos flechazos de los arqueros, y como no era de madera los sintió perfectamente y empezó á gritar :

« ¡Eh! insolentes, eso no vale, y si me hacéis daño se lo diré á Gurrimanda que sabrá corregiros. »

Aun tenía la boca abierta, cuando recibió una nube de dardos que le acribillaron á picaduras, pues los tales arqueros no le hacían caso ninguno. Airado Coqueluche, iba á caer sobre ellos aunque eran de los suyos; pero he aquí que de repente se encontró con un pelotón de caballería enemiga que, deteniéndose con el choque, descargó á compás los sables sobre su cabeza, pegando en cadencia como martillos de reloj sin contar con que hasta los caballos le aplicaban sendas coces á causa de su parada forzosa.

Coqueluche fuera de sí quiere huir y cae en una legión de infantes que le reciben con las puntas de las picas lastimándole deplorablemente. Pide cuartel y reclama auxilio con todas sus fuerzas; mas los rudos combatientes se hacen los sordos y le clavan las picas sin misericordia. Pierde los estribos, cae, se levanta y se encuentra cogido entre dos encarnizados batallones que le hacen rodar como una pelota estrujándole con las armas. Quería la fatalidad que recibiera á un tiempo los golpes de los enemigos y de los suyos; todos pegaban sobre él á porfía como el herrero pega sobre el hierro.



Por fin, tendido en el suelo, los caballos le pisotean. Y es de advertir que justamente en aquel lugar se hallaba expuesto á los fuegos de una batería de pedreros y de culebrinas que apuntaba á tan importante posición y que no cesaba de escupir huesos de ciruelas, avellanas y balas de goma que martirizaban al pobre Coqueluche. No se necesitaba tanto para acabar con él; el infeliz general en jefe se quedó sin movimiento, privado de sus sentidos, y como su cuerpo atravesado en aquel lugar trastornaba el juego de los muelles, sobrevino un indecible desorden que estuvo á punto de hacer estallar la maquinaria.

Al cabo acudieron al ruido y bajo la primera impresión del susto que se llevaron rompieron el aparato para dar libertad al joven príncipe. En un abrir y cerrar de ojos aquellos dos ejércitos tan florecientes, formaban

en el suelo un montón de palitroques, de que no puede dar idea ni la destrucción de Troya, ni las mantanzas de Ajax, ni la demolición de los títeres de maese Pedro. Toda la tierra estaba cubierta de cadáveres de hombres y caballos; la falange del centro no formaba más que una sola aglomeración de muertos; muchos arqueros dieron la voltereta y se quedaron de espaldas en ademán de lanzar sus dardos al cielo; el general enemigo tenía las narices rotas y parecía que su caballo, con las cuatro herraduras en el aire, se había sentado sobre él; más allá un timbalero por la fuerza del choque había desaparecido de cabeza en sus timbales donde sin duda había muerto sofocado por falta de respiración : el espectáculo daba lástima.

Pero el que había salido peor librado de todos era el pobre Coqueluche que hubieron de llevar á la cama cubierto de cardenales producidos por los golpes, asaeteado, molido, pisoteado, y que envolvieron en lienzos mojaos durante ocho días, mañana y noche.



La impresión que causó esta catástrofe fué tan grande, que ya no se atrevieron á fabricar más juguetes de guerra.

## VI

## Primera entrevista de Coqueluche y Mustafá.

Con el éxito fatal que tenían los juguetes, Coqueluche se aburría á más y mejor; pasaba los días bostezando, restregándose la tripa, contando los faroles, andando por la misma fila de baldosas, pegando en el agua con un palo y cazando moscas, lo cual no impedía que los días le parecieran siglos.

Una vez que estaba apoyado de codos en la azotea del palacio pensando cómo emplearía su tiempo hasta la hora de la cena, divisó en el campo un aldeanito que iba y venía corriendo con ansia, sudando, jadeante y que sin embargo se divertía al parecer, con su ejercicio.

Largo rato estuvo mirando y luego vió á cierta distancia otro chico que hacía otro tanto, que corría, saltaba, tropezaba, movía los brazos en el aire y lanzaba también gritos de júbilo.

« De veras, se dijo Coqueluche, esos muchachos han perdido la razón, pues no de otro modo se explica su juego insensato el uno frente al otro. »

Mirando con más atención distinguió como un punto negro que revoloteaba en los aires entre los dos chicos.

Coqueluche llamó á gritos al que estaba más cerca.

« ¡Eh! ¡muchacho! »

El chiquillo acudió y alzó la cara poniéndose la mano á guisa de pantalla sobre los ojos, porque había mucho sol.

« ¿ Qué estás haciendo ahí? le preguntó Coqueluche.

— Estamos jugando, respondió el chico muy alegre.

— ¿ Con semejante sol? ¿ De modo que os divertís mucho?

— Sí, señorito.

— Pero ¿ á qué jugáis?

— Á la pelota.

— ¿ Y cuesta muy cara esa pelota?

— No, señorito. Nosotros mismos la hacemos con unos trapos.

— ¿ De veras? Pues nunca habría yo creído que tan poca cosa diera tanta diversión. Ven mañana á palacio y jugaremos los dos.

— No puedo, porque tengo que trabajar.

— ¿ No te diviertes todos los días?

— De seguro que no, acabaría por fastidiarme. Jugamos los días de fiesta como hoy, ó por la tarde después del trabajo y de buenas ganas, porque deseamos ese momento de recreo.

— ¿ Y en qué pasas las otras horas?

— Recojo leña para mi madre, guardo las vacas, llevo á beber al ganado y voy á la selva con mi padre Gringola que es leñador. »

No le pareció famoso este método á Coqueluche, pues no comprendía que se pagara un rato de diversión con tanto trabajo; y así fué que meneó la cabeza y luego dijo :

« ¿ Cómo te llamas?

— Mustafá, para serviros.

— Pues mira Mustafá, véndeme tu pelota ya que las haces tan fácilmente; voy á ver si yo también me divierto con ella. »

El muchacho se la arrojó al instante al terrado; Coqueluche envió en pago una moneda de oro y los aldeanos echaron á correr dando saltos de gozo.

## VII

Los juegos de Coqueluche y la contestación de sus compañeros.



Cuando Coqueluche se vió solo con su pelota se le figuró que poseía un tesoro y, después que la dió cien vueltas, quiso aprovecharla para el juego. Habiendo visto cómo los muchachos la lanzaban en los aires, la lanzó á su vez, y cuando caía la arrojaba de nuevo, aunque á veces le pegaba

en las narices. Al poco tiempo de este ejercicio notó que sudaba y se cansaba mucho; pero que la diversión era nula.

« Esos tunantes me han engañado », exclamó. Y encolerizado arrojó fuera la pelota.

« Pero ya caigo, dijo luego; ellos eran dos y si yo no me divierto es porque estoy solo, pues siempre los chiquillos se reúnen muchos para entretenerse; es preciso que me traigan á palacio unas docenas para jugar conmigo. »

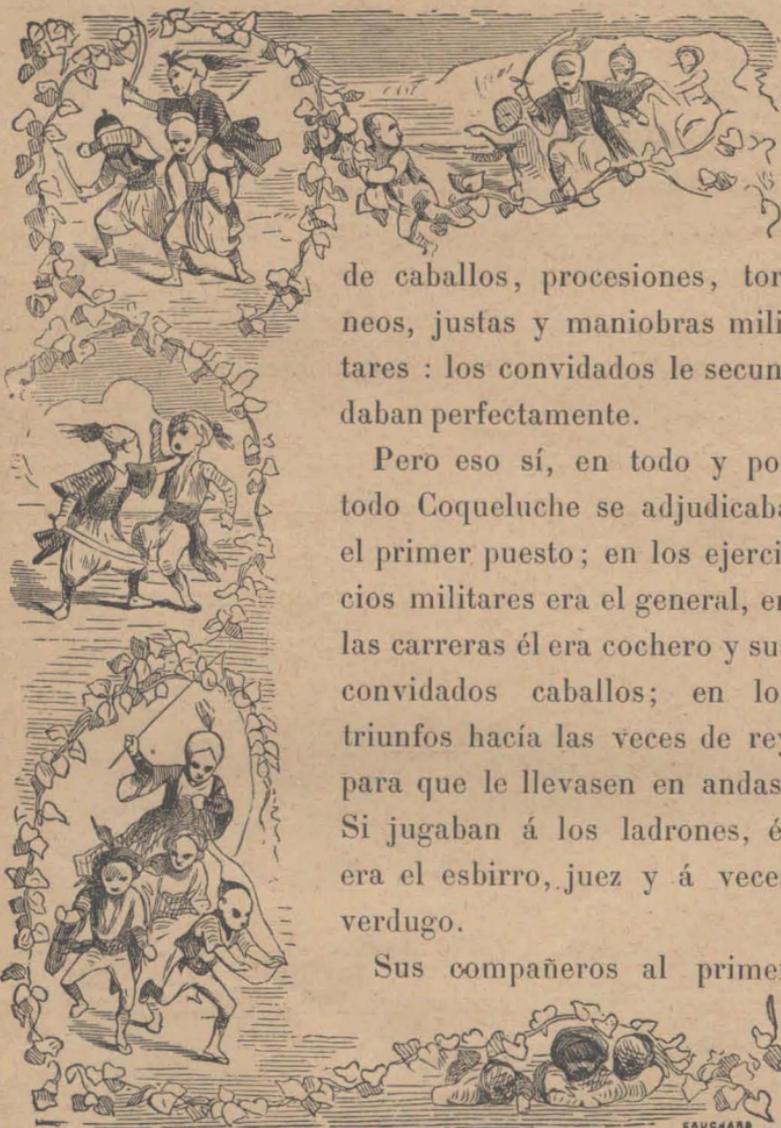
Y sin más tardanza fué á manifestar su deseo á su señora madre, que muy satisfecha de que su hijo le pidiera alguna cosa se apresuró á satisfacerle.

Llegado el día siguiente recogieron en aquellos contornos como unos cincuenta chicos los más aseados y



alegres que encontraron y se los llevaron á Coqueluche, quien los recibió rebotando de júbilo.

Inmediatamente comenzaron los juegos. Coqueluche que no carecía de inventiva, imaginó mil cosas, carreras



de caballos, procesiones, torneos, justas y maniobras militares : los convidados le secundaban perfectamente.

Pero eso sí, en todo y por todo Coqueluche se adjudicaba el primer puesto ; en los ejercicios militares era el general, en las carreras él era cochero y sus convidados caballos ; en los triunfos hacía las veces de rey para que le llevasen en andas. Si jugaban á los ladrones, él era el esbirro, juez y á veces verdugo.

Sus compañeros al primer

pronto se lo permitieron todo por deferencia, pues estaba en su casa y además era príncipe; pero sucedió que tomaba muy por lo serio las cosas, es decir que sacudía fuertes latigazos á los caballos y en las batallas pegaba sablazos de veras; cuando cogía á un ladrón, le atropellaba; haciendo de juez se mostraba severo, condenaba sin piedad á tantos palos y los administraba exactamente, marcando y puntuando los golpes sin perdonar una coma.

De esto resultaba que no estaban nada contentos los



caballos ni tampoco los ladrones, y ya hemos dicho que todos eran ladrones ó caballos excepto Coqueluche.

Así fué que en medio de una batalla, cuando más enzarzados estaban los beligerantes, todos de común acuerdo se volvieron contra Coqueluche como quien no hace nada y cayeron sobre él á palos y pegándole con cuerdas y pañuelos. Y es de advertir que la mayor parte de aquellos chicos se sonaban con los dedos, lo que no es muy limpio, sea dicho entre paréntesis.

« ¡ Que soy vuestro general! » gritaba Coqueluche atontado.

Los insurrectos no respondían; pero pegaban duro.

En suma, le pisotearon un poco cuando le vieron en



el suelo y le dejaron allí molido y al parecer tan tranquilo como un niño que está durmiendo.

En esto, los del palacio quisieron ver cómo se divertía la gente menuda y, en presencia de aquella fechoría, regañaron de firme á los convidados.

« ¿ Qué habéis hecho, tunantes? »

— Estamos jugando, contestaron los chicos.

— Juegos de manos son juegos de villanos.

— Era por divertirnos; hacíamos una batalla.

— Sí; pero cada cual debe pegar á su enemigo.

— Pues el enemigo era él, replicaron los chicos cándidamente, porque bien nos había sacudido á todos.

— Eso es muy distinto. Debéis tener presente su alta categoría: os dispensa la honra de jugar con vosotros y tiene derecho para pegaros; pero vosotros á él, no. Habéis de condescender con sus caprichos, en ningún

caso le levantaréis la mano y siempre sufriréis respetuosamente todos sus golpes. Cuidado con olvidarlo. »

Los muchachos no se daban por convencidos.

Otra vez Coqueluche fué á parar á la cama; mas no tardó en curarse. Los chicos, un tanto temerosos, volvieron á jugar con él, y como estaban bien advertidos y además los vigilaban, se dejaron sacudir como la primera vez y acabada la diversión se retiraron muy mohinos. Sin embargo, cuando los fueron á buscar al día siguiente, se escaparon como demonios y unos se escondieron en las cuevas y otros en los graneros. Fué imposible coger uno solo; Coqueluche viéndose desamparado cayó de nuevo en su aburrimiento y Bergamota lloraba á lágrima viva.

## VIII

El gobernador Chuslakusch y sus opiniones.

Afortunadamente sobrevinieron por entonces en la política tales sucesos, que los ministros nada tenían que hacer y Picoglán aprovechó sus ocios para echar un vistazo á su casa.

Lo que encontró fué un gran desorden, como les sucede á muchos hombres que se emplean en la gobernación del Estado mientras su propio domicilio está

gobernado pésimamente. Como Coqueluche era ya crecidito, juzgó el visir que era hora de sacarle de manos de las mujeres y de darle un ayo de consideración que le pusiera en buen camino.

Después de haber titubeado entre muchos eligió uno que le pareció idóneo para operar reformas, según su imponente catadura. Tenía una barba tan larga que le



llegaba al vientre y, como se cubría la cabeza con una gorra de pieles, aparecía peludo cuan grande era. Nada más terrible que su ceño por causa de sus cejas muy pobladas y que jamás se separaban una de otra por su costumbre de mostrar un aire severo y meditabundo. Llamábase Chufiakusch.

« Aquí tienes á un hombre que hará de nuestro hijo el personaje que yo deseo, dijo Picoglán á su esposa; será preciso que se ejecute todo cuanto mande, pues no

dirá nada que no deba hacerse. Tiene fama porque sabe corregir las faltas naturales, porque sabe abrir las inteligencias y combatir las malas inclinaciones. Mis deberes me Haman á la corte de mi amo el sultán y lo dejo todo en manos de Chufiakusch, quien me dará cuenta de lo que pase. »

Escucharon, pues, á Chufiakusch como si fuera un oráculo y aunque á Coqueluche le inspiraba mucho miedo, nadie se atrevió á infringir lo que mandaba. Vamos á decir cómo se reglamentaron las nuevas condiciones de la vida de Coqueluche entre el ayo y Bèrgamota, acompañada de su servidumbre.

Chufiakusch, con una voz lenta y sepulcral, dijo lo siguiente :

« Considerando que el sueño excesivo entorpece los sentidos y el entendimiento, y predispone á la pereza y á la melancolía, el gracioso Coqueluche, mi amable alumno (y se quitó la gorra), se levantará en lo sucesivo al rayar el alba, ó sea á las cuatro de la madrugada en el verano y á las siete en el invierno. »

El auditorio se estremeció con este principio; pero nadie se atrevió á decir nada por respeto á las órdenes de Picoglán.

« El gracioso Coqueluche, mi encantador alumno (y se quitó la gorra), después de haberse lavado, peinado, cepillado, calzado y arreglado, todo por sus manos pro-

pias, en razón á que estos primeros ejercicios mantienen el suave calor de la cama y preparan á las ocupaciones subsiguientes; después de haberse vestido, como estoy diciendo, hará devotamente la oración y durante dos



horas estudiará las lenguas muertas, pues por la mañana el entendimiento bien despierto y bien abierta la memoria, el estudio en cuestión es más fácil que á otra hora cualquiera. Después sus escuderos le llevarán al campo en toda estación y, sin cuidarse del tiempo, que sea bueno ó malo, le harán trepar por las cuestas, saltar los hoyos, atravesar los pantanos, y correr alegremente por montes y por valles sin reparar en nada, de cuyo modo recibirá la preparación para el estado militar que tiene en las mientes su dignísimo padre. »

Las mujeres se estremecieron y Gurrimanda decía para sí, pues no se atrevía á chistar : « ¿ Y cuándo almorzará el pobre chico ? »

El ayo continuó diciendo :

« Al regreso le servirán el desayuno, pero como debe acostumbrarse á la sobriedad para que no le coja de nuevo ningún accidente, la comida será tosca, sosa y escasa, y el preciosísimo Coqueluche mi buen alumno (y se quitaba la gorra) almorzará una docena de habas ó un puñado de garbanzos con un vaso de agua de á cuartillo.

— ¡ Dios mío! exclamó Gurrimanda en voz baja, mi estómago desfallece.

— Luego, añadió el ayo, irá á la arena con sus escuderos para ejercitarse en las maniobras de guerra, lanzará piedras, hará juegos de lanza, probará el arco, hará faginas, abrirá fosos, levantará fortificaciones, formará empalizadas y se entregará á otros ejercicios variados á fin de evitar el cansancio y la monotonía. Por ejemplo, cuando haya abierto la trinchera, podrá variar manobrando el cañón, los falconotes y la artillería ligera, y en todo esto empleará de dos á tres horas que haga frío ó calor, pues es muy bueno que se acostumbre á las inclemencias del aire el cuerpo de nuestro amado alumno y príncipe Coqueluche.

— ¡ Pobrecito! dijo Gurrimanda gimiendo.

— Además, prosiguió Chufiakusch, el trabajo intelectual servirá de reposo y de recreo á los trabajos corporales y el excelente Coqueluche, mi único alumno, volverá á la sala de estudios donde unos cuantos maestros experimentados le entretendrán infundiéndole mil cono-

cimientos todos necesarios, como filosofía, historia, usos y costumbres de los diversos pueblos, ciencias numerables, movimientos de los astros, divisiones, propiedades y demás maravillas de los diferentes animales, aves y pájaros del cielo y peces del mar.

—¿Y qué más aún? dijo entre dientes Gurrimanda.

— Después vendrá la comida, y por las mismas razones expuestas ya, el ilustrísimo Coqueluche, mi benigno alumno (y se quitó la gorra), para no entorpecerse y prolongar su sueño, no comerá más que cosas sanas, sencillas y sin aderezo, como tres cucharadas de gachas de maíz, ó treinta y siete granos de arroz cocido con agua y sal ú otro refresco suave; y al concluir la comida dará gracias á Dios por los beneficios recibidos en el día y se acostará en un montón de paja cubierto con una estera limpia, lo cual mantiene el cuerpo bien derecho y no le da pereza. »



—Habiendo hablado así el ayo arrojó á la asamblea una mirada de indecible satisfacción. Bergamota que había

guardado hasta entonces un modesto silencio por respeto á las órdenes de su esposo, tomó la palabra y dijo :

« Eminentemente doctor, ayo sapientísimo, ¿lo habéis dicho ya todo?

— Sí, contestó Chufiakusch.

— Vuestro plan me parece inmejorable, prudente que no hay más que pedir, inteligente, y se ejecutará al pie de la letra. Además, nada podría oponer yo á las voluntades de mi amable esposo; no tengo que hacer otra cosa sino obedecerlas.

— Así habla una buena madre, exclamó el ayo, y una esposa imbuída en buenos preceptos.

— Sin embargo, replicó Bergamota.....

— ¡Cómo! interrumpió Chufiakusch.

— Yo quisiera.....

— Hablad, noble señora. »

## IX

### Las opiniones de Bergamota.

« Paréceme oportuno, dijo Bergamota, someter á vuestra sabiduría algunas observaciones de poca importancia que se agolpan en mi mente y que sin duda alguna aprobaréis. Mi hijo es delicado, duerme bastante y el sueño le aprovecha, sin contar con que la frescura

de la mañana le sería nociva; de modo que si os agrada, en lugar de levantarse á las cinco se levantará á las nueve.



— ¡Hay diferencia!....

— A las nueve, repitió Bergamota.

— Al cabo y al fin, no es grande la diferencia, dijo el ayo que vió resuelta á Bergamota; que se levante, pues, á las nueve.

— Otra cosa : como naturalmente es flojo de estómago y no puede salir en ayunas sin exponerse, desearía que le sirviesen al despertarse alguna friolerita, como una pechuga de pollo, con carne picada que se come fácilmente, y para entonarle un trago de vino rancio.

— Pero..... interrumpió Chufflakusch.

— Eso no es más que para consuelo del estómago y para corregir la crudeza del aire.

— Sea enhorabuena, dijo Chufflakusch.

— Luego le podéis llevar á paseo; pero cuidando de que no se resfríe. Quisiera que no le ocuparais sino en



plato de natillas, ó de jalea, compota, frutas en dulce y pastelillos ligeros.



— Concedido, dijo Chufiakusch.

— ¡ Ah! Me olvidaba que también habrá que aumentar el número de las comidas, colaciones y meriendas de mi hijo, por causa de su flaqueza de complexión. Debe seguir su costumbre de hacer ocho al día, lo cual variará más y mejor que nada sus ocupaciones.

— Bien pensado está eso, dijo Chufiakusch.

— Por la tarde le podréis llevar á la arena como habéis dicho; pero os repito que los ejercicios tienen que ser suaves, ningún esfuerzo, ninguno. Nada se opone á que le carguéis á hombros, haciendo oficio de caballo para darle vueltas alrededor del picadero. Como le gusta el manejo de la ballesta, para interesaros en la partida podéis servirle de blanco y también puede ejercitarse en la lanza, la espada y el palo



pegando en vuestras costillas. Figuraréis el enemigo; aunque no le devolveréis los golpes, porque en vuestra calidad de maestro, todo eso se hará para enseñarle. También podréis darle una idea de lo que son las fatigas de los soldados cargando sobre vuestros hombros las faginas, abriendo fosos y todo lo demás. Creedme, el ejemplo, y no el precepto, constituye el buen método de enseñanza.

— ¡ Oh!... sí... sí... no cabe duda, exclamó Chufiakusch, sudando la gota gorda.

— Y os repito que tengáis cuidado en todo y por todo, pues si dierais á mi hijo el menor motivo de queja, ó si se cansara en lo más mínimo, ó si no pasarais por todos sus antojos, os espera una paliza de primer orden.

— Pero... balbuceó Chufiakusch.

— No os hagáis el desentendido, dijo Bergamota con una mirada que no admitia réplica, os prevengo que el castigo sería terrible.

— Sí... sí...

— Porque una esposa debe obedecer á su esposo y yo quiero que las intenciones de Picoglán se cumplan al pie de la letra.

— Entiendo, entiendo, dijo el ayo con acento lamentable.

— De modo que todo está arreglado de un golpe,

añadió Bergamota volviéndose hacia los presentes, y arreglado de común acuerdo y de la manera más amistosa. »

Zanjado así el asunto, la asamblea se retiró rebotando esperanzas en cuanto al porvenir del joven príncipe.

## X

Se busca un paje para ayudar á Coqueluche en sus nuevas ocupaciones.

Pero apenas se alejó Bergamota de Coqueluche y del ayo que comenzaron los ejercicios persiguiendo á las lagartijas que corrían por la pared, viéndose en libertad con sus acompañantas, exclamó llorando á lágrima viva :

« ¡ Mi esposo es un verdugo! Ya está mi pobre niño sometido á la más severa disciplina, con su ayo que parece ser el hombre más duro del universo. Yo no sé si lo resistirá esa pobre criatura con su pecho tan delicado. Cruel momento el que pasa una madre cuando se separa de su amado hijo para entregarle á esos implacables preceptores que serían más propios para domesticar fieras que para educar á tiernos niños. ¡ Que los cielos confundan las intenciones belicosas! Por mi parte, juro impedir que le lleven al ejército mientras yo

esté en vida, me cuesta mucho desvelo para exponerlo á que lo maten. Sin embargo, ya tiene encima buena tarea, gracias á las bárbaras voluntades de mi esposo. No concibo que el visir tenga tan malas entrañas y quiera sujetar á mi hijo á semejante régimen; no reconozco á Picoglán. » Las doncellas la consolaban como podían y deploraban con ella las duras necesidades de la educación.

« Pero siquiera, decía Gurrimanda, habéis obtenido que no sea tan riguroso el régimen.

— Poco ha sido, contestó Bergamota; tuve que contenerme y pedir lo menos posible por temor de desagradar á mi esposo. Pero del modo que han quedado las cosas, es seguro que mi hijo sucumbirá á la fatiga. Es mucho, muchísimo, lo que tiene que hacer á la vez; tendré que ponerle un criadito para que le ayude, y puesto que le tratan como un hombre, me parece que en su condición ha de tener servidumbre.

— Buena idea os ocurre, señora, exclamó Gurrimanda.

— Tan buena que quiero ejecutarla sobre la marcha; ¿ á quién elegiremos?

— Es verdad, dijeron las mujeres; ¿ quién sería propio para el caso? »

Conocido este deseo de Bergamota, corrió el rumor entre las doncellas, los palafreneros, cocineros y demás

criados, y cada cual presentó un aspirante de su parentela. La noticia se difundió hasta los pueblos contiguos y aun la capital, donde surgieron muchos competidores, hasta entre las familias pudientes.

Pero antes era preciso pedir licencia á Picoglán que aprobó el capricho, diciendo que de ese modo su hijo haría el primer aprendizaje para mandar á los hombres.

Llegado el consentimiento de Picoglán, se animó á más y mejor la ambición de los diversos pretendientes. Sin embargo, Bergamota andaba perpleja, pues no veía un muchacho que fuera digno de llevar el quitasol delante de su hijo, ó de agitar el espantamoscas delante de su rostro.

Consultó sobre la cuestión á Chufiakusch; pero el gobernador después de lo que había pasado había perdido toda opinión propia. Consultó también al mismo Coqueluche y éste, que apenas comprendía lo que le querían decir, contestó que preferiría una libra de dulces. Se decidieron por reunir á los aspirantes en medio del patio de la casa, y hubo allí un pasmoso concurso de chiquillos de toda clase, bien limpios y ataviados, pues los padres procuraron hacerlos dignos de la elección que ambicionaban.

Bergamota los pasó revista acompañada de su hijo, de sus criadas y del ayo. Pero ; ay! ninguno les gustó : éste era muy vivo, aquél muy torpe, el otro tartamudo,



el de más allá tenía la pata coja; la mayor parte de ellos eran más agraciados que Coqueluche, lo cual ajaba el orgullo materno de Bergamota, y así fué que la reunión se disolvió sin haber elegido á ninguno de los pretendientes.

## XI

El maravilloso caballo llamado Patitieso.

Aunque el asunto en el fondo le importaba poco, Coqueluche, poseído de despecho, comenzó á exhalar ayes que resonaban en todo el palacio. Preciso fué consolarle y como decía que se aburría y quería distraerse, su madre cedió otra vez más y le regaló un precioso juguete, asegurando á Chufiakusch que sería el último.

Era un caballito de madera, pero tan bien trabajado y pintado, que la ilusión era completa, tanto más cuanto que apretando un muelle oculto entre las cerdas de la

cola, echaba á andar, corría, tomaba el paso largo, el trote, el galope, se encabritaba, tiraba coces, relincha-



ba, soplaba, tirando de tal ó cual hilo; y luego con tirar de otro hilo se detenía de repente, se quedaba inmóvil y volvía á desempeñar su papel de personaje de piezas de madera, de cuero, de acero y de cartón. No podía dejar de ser una maravilla, puesto que era obra de un obrero tuerto, que dicen se sonaba con el pie y hacía cosas de magia; lo que es yo, nada aseguro, porque no lo creo.

Llamábase Patitieso. Coqueluche en cuanto lo vió se plantó encima, pues el operario le había enseñado el uso de los muelles; y he aquí que el mozuelo montado corre, salta, brinca, caracolea con gran admiración de todos los presentes. La buena Bergamota decía :

« Á fe mía que el el chiquillo hará un gran capitán. »  
Así los padres del brillante caballero Bayardo sin



miedo y sin reproche conocieron lo que sería desde su juventud al ver cómo manejaba su caballo; y así también Filipo, rey de Macedonia, concibió grandes esperanzas sobre su hijo Alejandro, cuando á éste le ocurrió domar á un brioso corcel llevándole cara al sol, pues había adivinado que le espantaba su sombra y por esto tenía resabios en manos de los torpes escuderos.

Mas he aquí que de repente tanto tiraba los hilos Coqueluche por un lado y por otro, que Patitieso se



lanzó como un rayo y se fué en derechura tan lejos, que en un instante caballo y jinete no parecieron más gruesos que una mosca.

Bergamota palpitante comenzó á gritar :

« ¿Adónde vas, querido hijo mío? »

Y los otros gritaban igualmente :

« Adónde vas, querido príncipe?

— Al infierno », respondía Coqueluche lanzado como una flecha. Pero ya estaba á tal distancia que nadie podía oírle.

Los espectadores alargando los brazos arrojaban gritos que penetraban el tímpano de las aves que surcan el espacio, lo cual impidió que muchas grullas, garzas reales y otros pajarracos pudieran despachar sus negocios.

Y entre tanto volaba Coqueluche montado en el terrible Patitieso. De seguro que habría querido detenerse; pero; ay! el pobrecillo no topaba con el hilo que debía inmovilizar al animal y, tirando del uno y del otro, le hacía andar más de prisa, tanto que parecía que Patitieso estuviese perseguido por quinientas mil legiones de demonios con horquillas, asadores y tizones infernales.

Sí; Coqueluche habría deseado volverse y caer en los brazos de su madre, pues pensaba que á aquellas horas estaría mejor junto á la lumbre de la cocina viendo freir buñuelos. Parecíale también que los buenos ejercicios ecuestres se hacen en el mullido sofá después de la comida á la hora de la siesta.

Pero es el caso que atravesaba montes, valles, llanuras, bosques y prados, y más parecía un palomo torcaz volando á toda prisa, que un mozuero montado en un caballo de mentirijillas; sin contar con que al paso le pinchaban las espigas de las zarzas dejando en ellas fragmentos de su ropa.

Concluyó por lamentarse de todas veras, levantaba los brazos al cielo y se paseaba de la cabeza á la cola de su montura siendo un milagro que no se apeara por las orejas. Con acento doloroso exclamaba :

« ¡Detente!; Detente! Quiero pararme aquí; tengo que hacer á la entrada de ese bosque, ¿ no habrá un alma bondadosa que me oiga en este país?; Eh!; eh!; eh! Y siguiendo la costumbre de los niños mimados que, después de haberse desesperado cobardemente, no conocen freno para su rabia y la pegan con todo á diestro y siniestro, exclamaba rascando las crines de Patitieso :

« ¡Maldito animal!; ¿ Por qué no te paras? »

Y hablando así, su boca echaba espumas de furor, tanto que Patitieso se habría picado si no hubiese sido un caballo de madera. Pero no hacía caso, corría sin detenerse, saltando y brincando sin pararse en nada, penetrando en la enramada más densa, hollando las yerbas y los juncos que al levantarse á su paso azotaban á Coqueluche, quien gritaba á más y mejor :

« ¡ Madre mía! ¡ Madre mía! ¿ conque dejáis que se escape así vuestro hijo sin saber adónde va? »

Atravesando así los campos y los bosques como una centella, como un ave de paso, como un jinete que se ha vuelto loco, sus gritos que resonaban á larga distancia conmovieron á las personas que los oían.

Á la salida de una selva vió en el fondo de una plazaleta, en un sitio lindísimo, una chocita rodeada de verdes céspedes y á la que daban sombra unos grandes árboles que extendían sobre la techumbre sus anchas hojas como otros tantos quitasoles.

También distinguió delante de la choza unos muchachos que corrieron á su encuentro; mas cuando



vieron aquella carrera desenfrenada, se quedaron cortados sin comprender qué caballo era aquel que volaba, y más deseosos de esconderse que de hacer otra cosa. Coqueluche que no quería desperdiciar aquella ocasión, tanto más cuanto que temía estrellarse en unas piedras que estaban á corta distancia, si es que no se caía en

algun río, ó si no se quedaba colgado de una encina como Absalón, ó era arrastrado de un pie por los caminos como Nabofarsan, rey de Tingitania, Coqueluche, digo, rompió á gritar con todas sus fuerzas :

« ¡Socorro, buenas gentes! Soy hijo del visir Pico-glán y estoy en peligro de muerte por este maldito animal que va como un relámpago. Prometo una recompensa magnífica al que le detenga. Párate, tunante. »

Pero los muchachos abrían ojos tamaños y no se movían. Hubo, sin embargo, algunos que treparon á lo alto de un árbol para ver de lejos lo que sucedía, y sobre todo para evitar los golpes. Hubo también un pequeño, haraposo, que en vez de huir como sus com-



pañeros, se arremangó la camisa, se escupió en las manos y arrojando una mirada resuelta á Patitieso que se acercaba le esperó á pie firme. Coqueluche pasó como un rayo delante de él, y el chiquillo saltó á las crines de Patitieso para detenerle; pero era tal la rapidez de la carrera que cayó en las ancas y se agarró allí con

todas sus fuerzas. Sucedió pues que en lugar de parar al caballo, se vió él arrebatado como una pluma, lo mismo que si Patitieso no llevara nada, de modo que el pequeñuelo, temiendo una caída mortal, se aseguraba como podía y marchaba adelante. Muy asustados sus compañeros al verle huir gritaban dolorosamente :

« ¡ Pobre Mustafá ! ¡ Se lo lleva el lobo !

— ¡ Chillones ! ¿ queréis callaros ? les gritó Mustafá sin perder su sangre fría ; ¿ no veis que asustáis á este diablo de caballo y que azuzado con vuestros aullidos correrá más ? »

Pero he aquí que pasando su mano por la montura encuentra ; oh, felicidad ! el hilo que le detiene ; tira de él, y repentinamente Patitieso, como herido de un ataque de apoplejía fulminante, revuelve el ojo, amaina la oreja y por causa del impulso rueda á más de veinte y seis pasos de distancia cayendo como una masa inerte en el primer estado en que le presentó el obrero. Ciertamente es que Coqueluche y el otro jinete Mustafá rodaron con él y no fué blanda la caída ; pero no se hace caso de nada en tales accidentes. Coqueluche exhalando un suspiro de desahogo se levantó inmediatamente y corriendo á Mustafá le dió un estrecho abrazo, pues sabido es que el miedo predispone á amar al prójimo.

Los demás chicos que acudieron al instante lanzaron gritos de júbilo aunque sin acercarse mucho al terrible

caballo por inmóvil que estuviera en razón á que tenían sus sospechas de que podía hacerse el muerto. Por fin, los dos jinetes se soltaron del abrazo y dijo Coqueluche :

« ¡ Qué veo! me parece, muchacho, que te reconozco.

— Pues yo también creería que os he visto en alguna parte.

— ¿ No fuiste tú quien me vendiste en mi palacio una pelota?

— Con efecto, estabais asomado á una ventana y no distinguía más que la punta de vuestras narices; pero os reconozco perfectamente y me disteis tanto dinero que mi padre casi llegó á pensar que lo había robado. »

Y sobre esto se abrazaron nuevamente.

« Me alegro mucho deberte la vida, dijo Coqueluche, cuando te tenía ya alguna amistad. Mi padre el visir te colmará de bienes. Vente al palacio conmigo, pues te diré que me andan buscando un pajecillo, yo te propondré, porque me gustas y serás elevado á ese puesto, lo que será un solemne chasco para la multitud de pretendientes.

— No digo que no, contestó Mustafá; pero antes descansaréis un poco en casa y luego veremos si el maldito caballo está tan muerto como parece.

## XII

La casa de Gringola y de Gringoleta, padre y madre de Mustafá.

Encamináronse á la choza. Coqueluche estaba molido y cojeaba; de tal modo le había destrozado el duro golpe de Patitieso, tanto que en alguna parte de su cuerpo podía enseñar la carne viva.

Mustafá le ayudó y llegaron. El chiquillo contó á sus padres lo acaecido, causando su admiración, y mientras el leñador Gringola arrojaba combustible al hogar, la leñadora Gringoleta calentaba agua para que se lavase los pies el viajero. Después puso la mesa porque era hora de que comiera la familia.

« Cuando estemos bien repletos y descansados, decía Gringola, marcharemos. »

Entre tanto examinaba Coqueluche el interior de aquella choza que le parecía muy bien por lo aseada aunque todo lo que había en ella fuese sencillo y tosco.

Los muebles, mesas, vasares y banquillos eran obra de Gringola que los había labrado con su hacha, y Gringoleta lo tenía todo reluciente. En las paredes colgaban una porción de utensilios como sartenes, cazos, pucheros, cantarillas, jarras y tazas de diversas tierras

encarnadas, jaspeadas, bañadas, que brillaban como los muebles; cada utensilio con una cosa, leche con nata, aceite, vino de palmera, agua de limón, dátiles y harina de flor con la cual hacía Gringoleta sabrosos bollos.

Una hermosa llama de yerbas secas chisporroteaba en el hogar donde hervía en una olla el agua del baño. La ventana abierta estaba guarnecida con una densa enramada esmaltada de florecillas rojas que formaba como un verde cortinaje matizado de vivos colores; y por los claros que dejaban las hojas entre sí penetraba, como otros tantos hilos de oro, una lluvia de finos y suaves rayos de sol que cayendo sobre el mantel iluminaban el festín mejor que las arañas más ostentosas. Finalmente, muchas gallinas, pollos, palomos y toda clase de aves de corral, traspasaban los umbrales saltando y venían á picotear las migajas entre las piernas de los convidados.

Inútil será decir que Coqueluche se creía en la gloria en aquella cabaña, comparando su situación con la que le había proporcionado su maldita montura. Pero aun fué mayor su gozo cuando vió la apetitosa comida que sabían preparar aquellos sencillos leñadores. Gringoleta comenzó por extender un tosco mantel en la mesa y luego sacó una fuente de leche, una galleta humeante, un panal de miel, higos, dátiles y otras frutas que habiéndose secado al sol tenían un gusto exquisito.

El agua se le vino á la boca á Coqueluche y emprendiendo con las mejores ganas la tarea, pensaba en el



hastío que le causaban las muchas golosinas de la casa paterna y no volvía en sí de su sorpresa al encontrar tan preferibles aquellos manjares. Como no podía contenerse en su admiración, le dijo Mustafá :

« Es por el ejercicio que habéis hecho en el endemoniado caballo, pues según os dije el otro día el trabajo sazona los placeres. Aquí no somos ricos y trabajamos mucho, pero al cabo y al fin ganamos lo necesario, comemos bien y vivimos contentos. » Después de lo cual contó Mustafá á sus padres su primer encuentro con aquel joven señor que le había dado la moneda de oro. Coqueluche tomó la palabra para asegurar que recompensaría á su libertador y pidió permiso para llevársele al palacio de su padre donde podía contar con que haría su fortuna.

Nada tenían que oponer el leñador y la leñadora á aquel deseo que para ellos era una orden; inclináronse, pues, respetuosamente y á la verdad aun cuando no

hubiese sido de su gusto la proposición, se habrían guardado de dejarlo traslucir en lo más mínimo. Concluída la comida debían ponerse en marcha Coqueluche y Mustafá « porque era urgente, dijo la leñadora, sacar cuanto antes á los padres del joven señor de la terrible zozobra en que estarían ».

« Sí, pero hay mucho que andar, observó Mustafá, tenemos que despacharnos; es verdad que iremos como el rayo en esa maquinaria que os ha traído aquí.

— ¡ Oh! No, por nada en el mundo daría yo otra carrera, dijo Coqueluche; son muy difíciles de gobernar sus dichosos muelles.

— Yo los manejaré á mi gusto, replicó Mustafá; quiero aprovechar esa montura. »

Después de decir esto salió á tantear las crines de Patitieso que yacía sobre la yerba como un animal indolente, más manso al parecer que un cordero; y entre tanto el leñador ofrecía á Coqueluche que le llevaría sin peligro montado en su burra y él iría á pie, lo cual fué aceptado por el príncipe.

Mustafá volvió muy luego diciendo que había encontrado el secreto de los muelles y que haría entrar en vereda al animal si no se conducía con mucha cordura. Y hablando así, hacía que mirasen por la puerta á Patitieso sobre sus cuatro patas que esperaba tranquilo al jinete.

« Venid conmigo, dijo Mustafá á Coqueluche, y veréis que en breves instantes habremos andado el camino.

— No, no, gritaba el príncipe, antes me partirían en dos que volver á montar en el caballejo. Su traza apacible os engaña, es el mismo demonio... Yo prefiero la burra y llegaremos cuando podamos.

— Corriente, dijo Mustafá; quiere decir que yo llegaré antes y daré noticias de todo. »

Habiendo hablado así, Mustafá se arrodilló delante de su madre para que le diera su bendición; y con efecto la buena mujer le abrazó llorando y le dió los mejores consejos, diciéndole principalmente que no dejara nunca de temer á Dios, que no se olvidase de sus padres, que les diera siempre señales de vida, y por último, que manejara con prudencia su montura.

También el leñador abrazó á su hijo, pero no con tanta fuerza porque le iba á ver luego, y por fin, habiéndose vuelto á abrazar la madre y el hijo, Mustafá saltó muy alegre encima de Patitieso, tiró del hilo, y como un rayo el caballo se internó en el bosque donde la pobre Gringoleta al instante le perdió de vista.

Coqueluche se encaramó con mucho trabajo en la borrica porque le dolían las contusiones de aquella mañana y el leñador tomando un garrote y calzándose bien las polainas, dió la señal y emprendieron el viaje como personas que no tienen prisa para llegar volando.

## XIII

Las noticias de Coqueluche que dió Mustafá á Bergamota.

Lo cierto es que Mustafá no se las gobernaba mal con Patitieso. Más listo, robusto y astuto que Coqueluche, se había hecho cargo de toda la maquinaria y de asientó en el caballejo de madera hacia de él lo que se le antojaba, evitando aquí un hoyo, allí una cuesta, á la izquierda una charca, á la derecha un montón de estiércol y caminando á todo esto como un demonio, que según es sabido, no se duerme nunca.



Tanto que en brevisimo rato llegó á la explanada del palacio de Picoglán de donde había salido Coqueluche, y allí descubrió ; triste espectáculo! toda la reunión que no se había movido del sitio, tanto que por efecto del asombro muchos se habían quedado en la misma actitud

con la boca abierta, tendidos los brazos y los ojos fijos en el fondo del llano por donde había desaparecido el joven príncipe.

En aquella sorpresa general nadie se acordaba de consolar ni de contener á la desdichada Bergamota, que lanzaba alaridos espantosos.

Pero he aquí que de repente se oyen otros clamores y las personas que tenían vista larga anuncian que se descubre como un punto negro que se adelanta en una nube de polvo.

« Es un moscardón, decían unos.

— Es un gavilán, decían otros.

— Es un oriflán, decían los cazadores.

— Tenéis razón, exclamó otra voz; yo pienso que puede ser una coquecigrulla. »

Lo cierto es que el objeto llegaba tan de prisa que cabían todas las suposiciones.

« ¡ Santo Dios! Es nuestro joven príncipe; reconozco su caballo. »

Sobre esto resonó un inmenso grito de alegría, que se apagó muy luego, pues en dos saltos se plantó allí Patitieso y se reconoció que no era Coqueluche. Mustafá paró su caballo, le arrojó las riendas encima, se adelantó hacia Bergamota é hincando una rodilla en el suelo, le dijo :

« No lloréis, amable dama, no está perdido vuestro

hijo y os traigo noticias tuyas muy recientes y muy ciertas. » Y refirió punto por punto lo que había suce-



dido, con lo cual la esposa del visir recobró la vida y todos los presentes se alegraron muchísimo. Bergamota fuera de sí, no se cansaba de dar besos á Mustafá en los dos carrillos, y esto le animó á charlar tanto que habló hasta por la noche sin que se cansaran de escucharle. Apenas había concluído, cuando asomó á lo lejos Coqueluche montado en la borrica y con su acompañante Gringola.

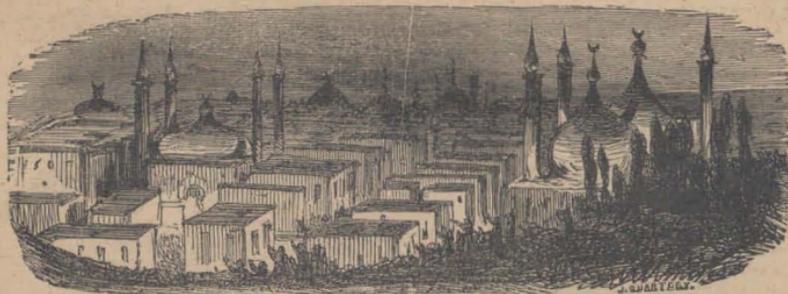


La asamblea en masa corrió á su encuentro, y no necesito decir qué fiesta hubo : Bergamota tenía en sus brazos á Coqueluche, y como todos la felicitaban, quiso que en honor de aquella reunión se celebrase una fiesta en la cual se había de llevar en triunfo á Coqueluche y á Mustafá; así como también, tomando en cuenta las promesas de su hijo, declaró que Mustafá sería el paje-cillo que habían buscado tanto, lo que sorprendió sobre manera á mucha gente.

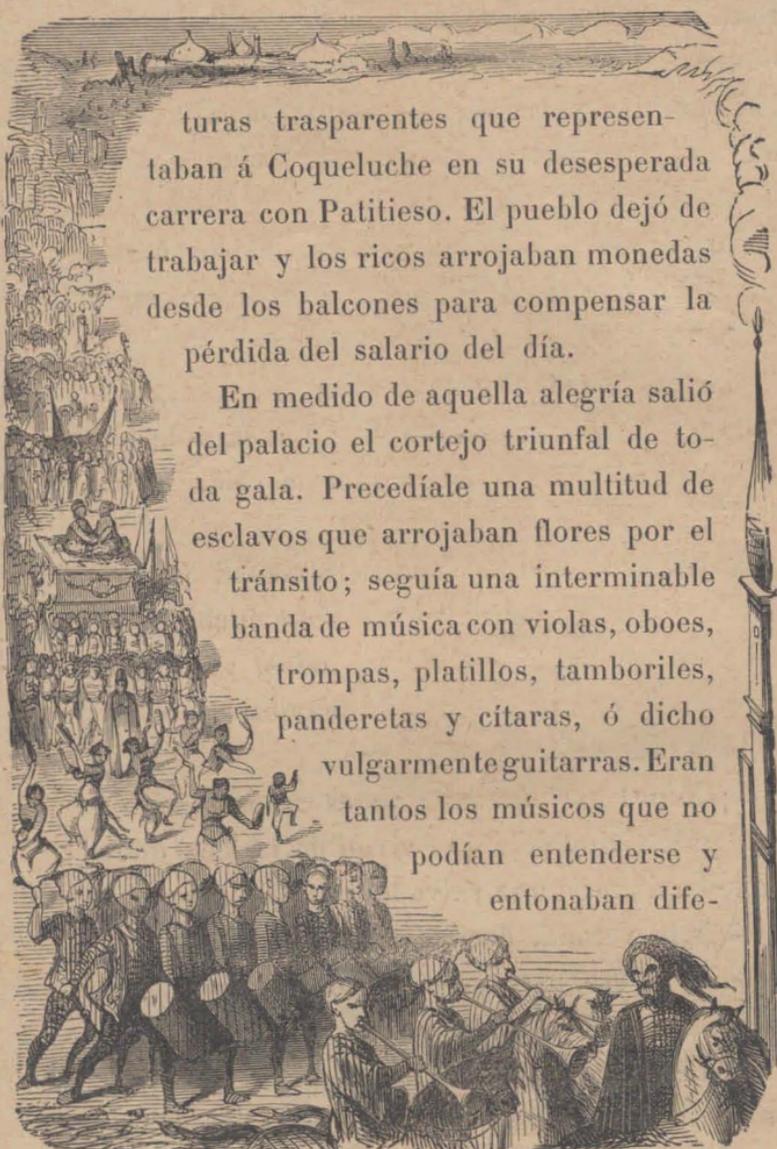
#### XIV

Fiestas en memoria del regreso de Coqueluche.

Dicho y hecho. Aquella misma noche se iluminó la ciudad y todos los particulares tuvieron que demostrar



se alegría con una cantidad proporcionada de vasitos de colores puestos en guirnalda en las fachadas de las casas, habiendo además en los edificios públicos muchas pin-



turas transparentes que representaban á Coqueluche en su desesperada carrera con Patitieso. El pueblo dejó de trabajar y los ricos arrojaban monedas desde los balcones para compensar la pérdida del salario del día.

En medido de aquella alegría salió del palacio el cortejo triunfal de toda gala. Precedíale una multitud de esclavos que arrojaban flores por el tránsito; seguía una interminable banda de música con violas, oboes, trompas, platillos, tamboriles, panderetas y cítaras, ó dicho vulgarmenteguitarras. Eran tantos los músicos que no podían entenderse y entonaban dife-

rentes tocatas, lo que producía efectos armónicos de una novedad verdaderamente pasmosa. Por último, entre los guardias y los oficiales de la casa de Picoglán se elevaba un carro en el que aparecían Coqueluche y Mustafá con magníficas vestiduras y dándose la mano fraternalmente. En torno del carro iban heraldos con sus pintorreados justillos que con trompeta en mano gritaban de trecho en trecho :

« Aquí tenéis al precioso hijo de Picoglán que ha vuelto y al honorabilísimo Mustafá, hijo de Gringola y de Gringoleta que le ha salvado la vida. ¡Loor, gloria, gloria para él. »

Muy luego se supo en toda la ciudad que aquel muchacho iba á ocupar al lado de Coqueluche el empleo de pajecillo que habían solicitado todos, y por tanto es de suponer si le tendrían envidia, máxime cuando conocían su baja extracción.

« ¡Cómo! exclamaban ; ¿pues no es el hijo de Gringola y de Gringoleta que viven de la leña que recogen y que habitan en una selva la más miserable cabaña?

— Á la verdad, decían otros, da lástima que hayan escogido á ése para paje de Coqueluche; la gente del pueblo tiene locas pretensiones. »

Cada cual exhalaba así su despecho y más que nadie los que habían pedido el empleo para hijos ó sobrinos; y como los bienes que uno posee los suele estimar por

la opinión que de ellos se forman los otros, Mustafá que comprendía perfectamente lo que pensaban de su elevación, se regocijaba más y más de la nueva condición con que había sido honrado.

Volvió, pues, á palacio inflado de gloria y sobre la marcha comunicó á sus padres todo lo acaecido para que se alegraran igualmente. Dos días duraron las fiestas y honores que dispusieron para agasajar á Mustafá, pues hasta el tercer día no debía tomar posesión de su cargo, lo cual hizo que la noche de la segunda jornada se acostó muy tarde, cansadísimo y cayó en un profundo sueño que necesitaba grandemente para recobrar sus fuerzas.

## XV

### Toma de posesión del empleo.

Mas apenas se había dormido Mustafá, he aquí que le despierta un repique de campanillas, cascabeles y otros instrumentos de metal que sin que él lo advirtiese habían colgado á la cabecera de su cama.

« ¡Que el diablo confunda á los músicos! exclamó Mustafá creyéndose todavía en la fiesta; ¿cuándo concluyen? Ya es hora de que me dejen dormir un poco. »

Y dicho esto dió media vuelta en su cama; pero el repique infernal subía de tono, y en esto entró precipitadamente un esclavo en el cuarto y le dijo :

« Mustafá, levantaos, que os llama el señor Coqueluche y no está acostumbrado á esperar. »

Mustafá se endosó con rapidez su tonelete y corrió á la habitación de Coqueluche preguntando si había un incendio ó si los tártaros atacaban á la ciudad.

« No, es que anoche tomé mucho café, dijo con calma Coqueluche y no puedo pegar los ojos; coge la cuerda de mi hamaca y colúmpiame un poco, hasta que me duerma. »

Mustafá, bastante sorprendido, cogió la cuerda y empezó á columpiarle, diciéndose á sí mismo :



« Pase por una vez, pero se me figura que abusa con un personaje que han paseado en triunfo. Entre amigos le puedo hacer el favor, mas con la condición de que no se repita á menudo.

— Me ahoga el calor, exclamó Coqueluche dando media vuelta; toma el abanico y dame aire.

— Sé muy bien, continuaba diciéndose Mustafá, que

debo servirle; pero que no me imponga caprichos ni cosas serviles, después del favor que le he hecho: »

No obstante agitaba en cadencia el inmenso abanico en forma de sol, compuesto de plumas de avestruz y de pavo real graciosamente combinadas. Coqueluche habló de nuevo :

« Hazme cosquillas en las plantas de los pies, despacito, para que me ría, pues podría aburrirme si no logro conciliar el sueño. »

Mustafá, que todavía no era cortesano, tuvo intenciones de hacerle cosquillas pegándole de firme con la caña del abanico; pero recordó que su madre le había recomendado la paciencia y obedeció lo mejor que pudo.

« ¿ No sabrías cantar un poco mientras me haces cosquillas? le preguntó Coqueluche; pienso que así podría dormirme. »

Y Mustafá entonó, aunque sin gana, una cancioncilla que le había enseñado uno de aquellos traficantes genoveses que á veces penetraban por razones de interés hasta el corazón del imperio.

Esta vez Coqueluche se durmió y Mustafá que seguía cantando y haciendo cosquillas á semejante perezoso, echó á correr arrojando pestes hasta que se metió en su cama.

## XVI

## Otros oficios de Mustafá.

No hacía una hora que había vuelto á continuar su sueño interrumpido, cuando tres ó cuatro lacayos acudieron en tropel y le llamaron á gritos.

« Pronto, levantaos, ya es de día y hay que limpiar los caballos del amo.

— De prisa, de prisa, que es preciso sacudir los vestidos que se pondrá hoy el señor Coqueluche.

— ¡ Alerta, Mustafá! Urge preparar las armas porque el señor va á hacer hoy el ejercicio. »

Mustafá abrió un ojo, se incorporó en la cama y por fin levantándose bruscamente les preguntó qué le querían.

« ¡ Cómo! ¿ Pues no estáis aquí al servicio del señor Coqueluche?

— Sí por cierto, contestó el pajecillo; pero me figuro que le serviría muy bien arrojándoos de aquí á patadas.

— Sois un insolente, replicaron aquellos hombres; vuestra condición es la de criado, como la nuestra. »

Pero en esto el repique de las campanillas cortó la conversación y Mustafá indignado corrió al aposento de Coqueluche.

« Tunante, exclamó Coqueluche ¿nunca has de venir cuando te llaman? »

Y añadió con voz doliente.

« He dormido muy mal y tengo como una pituita; dame la escupidera.

— ¿Os burláis de mí? exclamó Mustafá enfurecido; ¿es esa la recompensa prometida? Acaban de entrar en mi cuarto unos bribones que me hablan de limpiar la cuadra, las armas y la ropa. »

Coqueluche le miró atónito.

« ¿Pues no te he tomado para que me sirvas? »

— Honrosamente, se entiende; pero no en cosas bajas y repugnantes.

— ¿Qué llamas tú cosas bajas, necio aldeano? ¿Ignoras que los oficios más viles se ennoblecen por la grandeza de aquel á quien se hacen? No tienes más que ver en la corte del sultán quiénes son los altos personajes que están encargados de lo que tú llamas bajezas. Sabrás que esas tareas son los principales cargos del Estado : el palafrenero imperial manda los ejércitos de mar y tierra, el barbero del sultán gobierna los asuntos del interior, su panetero corre con los impuestos, su copero con las relaciones exteriores, y los hombres de más elevada alcurnia se honran presentándole la servilleta, la pipa ó el jarro del agua. Ténlo entendido para tu gobierno. Dame mis zapatillas. »

Viendo Mustafá que había que someterse, dió las zapatillas, luego la camisa de seda, el justillo, toda la ropa y las armas, después de lo cual, añadió Coqueluche :

« Toma el espantamoscas con una mano y con la otra la cola de mi vestidura que vamos á pasear por la ciudad ».

Cuando salieron de esa manera, Mustafá oyó entre la muchedumbre á sus antiguos rivales que envidiaban su condición, en tanto que otros le admiraban con más desinterés, y aun hubo pretendientes que se acercaron á él con respeto para entregarle memoriales pidiéndole que intercediera en su favor. Así en aquel paseo pudo hacer reflexiones sobre lo miserable de los objetos que codician los seres humanos y sobre la terrible servidumbre de los famosos empleos de palacio; pues en medio de tantas lisonjas lo cierto es que debía sonar las narices á su amo, quien en pago solía llamarle *animal*, sin pararse en barras.

Sin embargo, á la vuelta de aquel paseo Mustafá se consideró vengado de las insolencias de Coqueluche, en razón á que había llegado una orden urgente de su padre el visir mandando que le enviaran sin tardanza á la escuela pública dirigida á la sazón por los más sabios maestros; pues si el visir no podía ocuparse de su hijo como habría querido, no dejaba de ver que le educaban

mal y que todos los manejos de su madre en este punto eran perniciosos.



Estas consideraciones le habían hecho volver á su antiguo proyecto y no era posible resistir á su voluntad. Terrible fué la desolación de Bergamota y de sus mujeres. Mustafá ganó con esto algunos bufidos y Coqueluche le demostró su mal humor cuando se acostaba arrojándole al rostro todas sus piezas de ropa.

## XVII

Coqueluche en las escuelas públicas.

No podía imaginarse nada peor para Bergamota que la idea de enviar á su hijo á una escuela pública donde se confundiría con todos los chiquillos de la clase media y de los pobres. Chufakusch tenía encargo de cuidar de la ejecución de la orden, si bien es verdad que Berga-

mota no le temía ni le importaba un bledo. Pero Picoglán, que no confiaba mucho en el ayo, exigió también que los doctores de la escuela le diesen cuenta de la conducta de su hijo; por manera que era imposible burlar su vigilancia.

Sin embargo, Bergamota tomó sus precauciones. Mientras todos los muchachos iban á la escuela con sus libros debajo del brazo, el tintero colgado del cinto y unos calzones de lienzo bien holgados, Coqueluche se ponía en marcha con su quitasol, dos esclavos le abanicaban á lo largo del camino, Mustafá iba detrás sosteniéndole la cola y Chufiakusch andando á su lado, llevaba los libros y papeles, el tintero, el rascador y el estuche de las plumas; finalmente, á vanguardia y á retaguardia mar-



chaban negritos de Etiopía haciendo volar abejorros atados á un hilo para recrear su vista en el camino por temor de que el disgusto de ir á la escuela no le pusiera triste.

Gracias á las severas órdenes de Picoglán no trata-

ron á Coqueluche en la escuela con más miramientos que á los otros alumnos, lo cual no le impidió, gracias al cielo, que mientras duraban los estudios se divertiera con sus abejorros sin escuchar una sola palabra de lo que decían los doctores.

Salió bastante satisfecho el primer día, pareciéndole que no era tan molesto como le habían dicho : más aún, se había divertido contemplando el extraño semblante de uno de los doctores llamado Rabbaschah, que tenía una larguísima barba de macho cabrío y unas cejas también muy largas y muy blancas, lo que le daba el aspecto de un hombre que se ha llenado de harina la cara. Coqueluche salía, pues, contento, cuando he aquí que Rabbaschah le preguntó si tenía presente la lección que debía aprender para el otro día.

« ¿Qué es eso? ¿Se han atrevido á darme algo que hacer? exclamó Coqueluche.

— Monseñor Coqueluche, dijo Rabbaschah, tendrá que tomarse esta noche el trabajo de traducir tres hojas del Baratabeta, á fin de que empiece á comprender los rudimentos de la lengua de los magos.



— Pues no veo yo la necesidad de comprender tales rudimentos, contestó Coqueluche; sobran traductores.

— Señor, ¿qué decís? Sabéis que las órdenes del visir son severas y no sé cómo acabará esto. »

Efectivamente, Coqueluche conocía las órdenes de su padre á quien temía mucho y comenzó á ponerse de muy mal humor. Cuando llegó á palacio, gritó, reunió á su servidumbre, arrojó aquí y acullá sus ropas y sus libros diciendo que era el personaje más desgraciado del mundo por lo mucho que tenía que hacer y que seguramente le mataría el trabajo.

Bergamota muy conmovida se cruzó las manos sobre la cabeza y le preguntó qué le pasaba; pero Coqueluche estaba demasiado agitado para hablar, y Chusflakusch se encargó de explicar que habían dado al príncipe una lección de tres páginas que á todos les apuraba mucho.

Bergamota no pudo comprender tamaña insolencia y se desesperaba con las inflexibles órdenes de su marido.

« Sí, sí, decía, mi pobre hijo se morirá. »

Y cuando Gurrimanda supo el caso exclamó á su vez :

« Es mucho trabajo, no se puede hacer; eso se queda para los gañanes. »

Bergamota buscaba pretextos y de súbito se dió una palmada en la frente.

« Ahora que me acuerdo, exclamó; mi hijo no puede

tener nada que hacer, pues sus criados están ahí para servirle; que tome uno de ellos esas ocupaciones.

— ¡ Y es verdad! dijo Gurrimanda; un criado cualquiera hará esas cosas.

— Vamos á ver si así se remedia todo, dijo Chufakusch.

— Pues sí, interrumpió Bergamota embebida en su idea, que ese chiquillo trabaje y vos le ayudaréis para que salga adelante. Coqueluche, hijo mío, no te apures. ¡ Pobre criatura! ¡ Por poco le obligan á emborronar papel. ! »

El mimado Coqueluche tuvo á bien sonreirse al oír todo esto.

### XVIII

De como se las gobernada Coqueluche para vencer las dificultades de sus estudios.

Mustafá rendido de las fatigas del día, pues había tenido que asistir á las horas de estudio, en un aburrimiento indecible, habiendo debido además arrastrar al sol la cola de Coqueluche, Mustafá, digo, entraba en su cuartito para echar la siesta, cuando apareció Chufakusch con un libro en una mano y en la otra unas disciplinas. No comprendió lo que aquello significaba; pero Chufakusch le enseñó el libro y se tomó el trabajo de explicárselo.



« Amiguito, le dijo, me vas á traducir tres páginas de este libro para instruirte.

— ¡Cómo es eso! exclamó Mustafá estupefacto, ¡pero si es la tarea del príncipe Coqueluche!

— Pues tienes que hacerla tú, ya que estás á su

servicio, respondió Chufلاكusch con la mayor sangre fría; no puedes permitir que tu señor se tome ese trabajo.

— Sí, pero es que yo no entiendo eso.

— No te hagas el remolón, repuso Chufلاكusch levantando las disciplinas, traduce sin obligarme á emplear los medios que están en uso en la alta enseñanza. »

Sabiendo Mustafá que Chufلاكusch cumpliría su amenaza, se arrojó con desolación sobre los pergaminos, hojeó los volúmenes y sudando la gota gorda trató de descifrar aquella tenebrosa jerigonza y como Chufلاكusch levantaba la mano á cada instante, descifró como pudo las tres páginas en cuestión, tarea que jamás habría llevado á cabo sin aquel poderoso estímulo. A la verdad no fué famosa su obra; pero podía pasar para un principiante y así lo juzgó Chufلاكusch, quien llevando la hoja á Coqueluche le dijo en presencia de Mustafá :

« Ánimo, querido príncipe, que no va mal para la

primera vez; apostaría á que vuestros maestros se dan por satisfechos. Bien sabía yo que con vuestro talento natural y vuestra buena voluntad, venceríais perfectamente las primeras dificultades de vuestros estudios. »

Mustafá rabiaba al oír las descaradas mentiras de aquel pícaro adulador; pero ya comenzaba á acostumbrarse á los usos palaciegos. Veinte veces había estado á punto de soltar la cola de su amo y de volverse al bosque con sus buenos padres para vivir en libertad; pero en primer lugar estaba seguro de que emplearían la fuerza para que regresara al palacio y luego le detenía el laudable plan de hacer un poco de dinero mientras podía para aliviar á sus padres en la vejez, de cuya manera les aprovecharían sus infortunios. Ciertamente su sacrificio filial debía tener su recompensa, aunque ésta, según parecía, le había de salir cara.

Al otro día en la escuela los doctores examinaron las lecciones y cuando le llegó el turno á Coqueluche el venerable Rabbaschah leyó los garabatos, meneó la cabeza, frunció el ceño y estornudó tan fuerte que sus anteojos bailaron en sus narices como un jinete inexperto en un caballo impaciente.

« Vaya, vaya, señor Coqueluche, dijo, pase por la primera vez; pero yo suponía que, habiendo recibido ya una buena instrucción del sabio Chufflakusch, habríais hecho mejor esta tarea que es lo más elemental de los

conocimientos que aquí se adquieren. En fin, pase por hoy.

— Se me figura, murmuró Coqueluche, que ese viejecillo barbudo se burla de mí. »

Pero sus palabras se perdieron en el ruido que hacían los alumnos recitando todos á la vez los versos de la lección, produciendo tal algarabía, que el mismísimo demonio no habría podido distinguir si recitaban bien ó mal; sin embargo, Rabbaschah parecía contento.

Repartieron las lecciones para el otro día y salieron los chicos en tumulto; pero apenas estaban fuera, Coqueluche asió la oreja de Mustafá y le dijo :



« ¡Tunante! Pues no hay duda que haces bien tu oficio. Ya has oído lo que me acaban de decir por tu culpa; ¿te parece que he de pagar yo tus tonterías?

— ¿Pues qué he hecho yo? exclamó Mustafá.

— Un trabajo pésimo con una letra que no vale un pito.

— Pero señor...

— No hay pero que valga : ¿trabajarás mejor en lo sucesivo?

— ¡ Ay! ¡ ay! ¡ ay! gritó Mustafá.

— Corriente, te corregiremos. Ya sabes lo que te espera. »

Entonces soltó la oreja de Mustafá colorada como una cereza y tan dolorida, que el pobre paje siguió lamentándose de firme.

Llegaron al palacio donde Mustafá, no teniendo ya tregua entre las disciplinas de Chufiakusch, las reprimendas del doctor y los tirones de orejas, pensó que debía trabajar como un desesperado para conjurar su mala suerte. De día y de noche, todo el tiempo que su amo le dejaba, lo empleaba en estudiar y se aplicó y progresó hasta el punto de que hacía y daba sus lecciones á la satisfacción y gusto de todos.

## XIX

De los resultados que los castigos de Coqueluche tenían para Mustafá.

Todo marchaba, pues, perfectamente y el papel de Coqueluche cambió de aspecto en la escuela : á cada lección que traía, el doctor le felicitaba mucho, leía en alta voz su trabajo para instrucción de todos y citaba al hijo del visir como un modelo de penetración y laboriosidad. Daba gusto ver á Coqueluche cómo se envanecía con aquellos elogios dulces como una miel, lo mismo que si se le hiciera estricta justicia. A veces cuando

salían decía orgullosamente á Chusflakusch, como si Mustafá no estuviera presente :

« Que digan ahora que soy un ignorante, á ver si hay otro que salga mejor de los temas, las versiones y demás enredos que ahí nos enseñan. Buen chasco les he pegado á todos esos chiquillos que se creían más sabios que yo. »

Mustafá al oír esto se encogía de hombros sin hacer caso, pues la ciencia que poco á poco adquiría cultivaba su entendimiento, fortificaba su corazón y le enseñaba la paciencia, el valor, la resignación, el amor á Dios y por consiguiente la indulgencia con el prójimo.



Coqueluche era, pues, el primero en su clase y como premiaban á los alumnos más distinguidos con cordones de seda, placas de oro y brillantes, estaba siempre engalanado y reluciente de pies á cabeza; y Bergamota de júbilo no cabía en su pellejo pensando que su hijo le daba tales satisfacciones.

« Bien sabía yo, decía, que con querer le bastaba. » Toda la servidumbre participaba de aquella alegría y entre tanto miraba de reojo al pobre Mustafá que se quemaba las cejas en su oscuro cuartito para merecer todos aquellos premios.

Sin embargo, no estaban concluídas sus penas : aun cuando Coqueluche, gracias á él, era el primero en las lecciones, la escuela exigía otras condiciones de buena conducta que el principito no llenaba. Sus maestros le pasaban muchas cosas por su aplicación, pero á veces se tomaba tales libertades que no podían tolerarse. Por ejemplo, conservaba la buena costumbre de distraerse en la escuela domesticando gorriones, clavando con



alfileres moscas vivas, haciendo palomas con naipes ó ilustrando las márgenes de sus cuadernos con dibujos estrambóticos ;

además sacaba la lengua en señal de burla mirando á Rabbaschab, le hacía cortes de mangas, se reía de él en sus hoci-



cocos con muecas que divertían mucho á sus compañeros

castigados en muchas ocasiones porque se reían, mientras él poseía el don de estar siempre muy serio.

Por fortuna el doctor Rabbaschah no veía claro, tanto por su edad como por sus gruesas cejas blancas que casi eran pantallas, y á mayor abundamiento era torpe de oído gracias al ruido de los chicos, por manera que se escapaban á su penetración las fechorías de Coqueluche. Sin embargo, observó sus distracciones y tanto á él como á los demás doctores les chocaban sus grandes progresos cuando al parecer no ponía la menor atención á nada : no se podían explicar el misterio sino por un talento sorprendente.

De todos modos hubo cosas en las cuales no cabía duda. Un día entró en la escuela con una hora de tardanza y, como el reglamento era inflexible en este punto, le impusieron por castigo que copiara seiscientos versículos del Kalambreda.

Coqueluche se sometió sin protesta y su resignación fué admirada de todos.

De vuelta en palacio llamó á Mustafá y enseñándole el castigo le dijo :

« Seiscientos versículos tienes que copiar, trabaja, que es asunto tuyo, y despáchate, porque han de estar copiados para mañana.

— Pero señor, contestó el desdichado Mustafá,

tengo que escribir vuestras lecciones y no me quedará tiempo.

— No te andes con reflexiones, porque eso sería una rebelión. »

Levantó el látigo, Mustafá se puso á dar vueltas alrededor de una mesa y Coqueluche corrió detrás de él. De tiempo en tiempo le alcanzaban los latigazos y Mustafá acabó por prometer que copiaría los versículos y seguidamente emprendió la tarea. Ahora bien, mientras el desdichado echaba los bofes, se esparció en palacio la noticia de que al príncipe le habían sobrecargado de trabajo á guisa de castigo, lo cual causó la mayor emoción, pues no se podía concebir semejante osadía por parte de los pedantes de la escuela. Las mujeres de la servidumbre preguntaban lamentándose á Gurrimanda :

« ¿Conque es verdad que nuestro joven príncipe ha recibido un aumento de trabajo? »

Hasta la negrita, esclava de Abisinia, exclamaba dolorosamente :

« ¡Pobre príncipe! ¡tanto trabajo! ¡No puede ser!  
¡Que Mustafá lo haga! »

## XX

Contrariedades en los triunfos de Coqueluche.

El suceso en cuestión tuvo fatales consecuencias para Mustafá, pues debiendo hacer dos tareas, las lecciones y los versículos, las dos fueron hechas muy de prisa y de mala manera.

Ahora bien, aquel día había emulación entre los discípulos. La composición de Coqueluche no valía un pito y el doctor Rabbaschah no pudo menos de dar á conocer su sorpresa.

« ¿Conque es mala mi composición? exclamó Coqueluche.

— Sí, príncipe, está plagada de solecismos.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Coqueluche.

— Además, añadió con espanto el doctor, encuentro también en propios términos, dos enormes barbarismos más abultados y cornudos que una hidra marina.

— ¡Ay, pobre Mustafá! ¡buena te espera! exclamó Coqueluche; te van á salir caros los solecismos y los barbarismos. »

Por el momento le tuvo que dejar en paz, pues se iban á proclamar los resultados del concurso. Mustafá se acurrucó prudentemente en un rincón de la sala adonde le llegaban las iracundas miradas de Coqueluche.

Cuando examinaban su composición, el príncipe se levantó, según era costumbre para responder á las observaciones del doctor, y éste, tomando la palabra, dijo :

« Ante todo tengo que observar al señor Coqueluche que su manuscrito presenta las señales de una inaudita precipitación.

— ¡Precipitación! repitió Coqueluche mostrando á Mustafá el puño cerrado : ¿oyes, tunante?

— Y luego está plagado de faltas.

— ¡Plagado de faltas! Es inconcebible; caro te costará, bribón. »

Afortunadamente, Rabbaschah no pudo explicarse las furibundas señales que hacía á Mustafá, quien temblaba de modo que daba lástima. Sin embargo, Coqueluche estaba tan acostumbrado á los triunfos, que también esta vez contaba con ser el primero, como vencedor del concurso; pero se llevó un gran chasco, pues fué de los últimos.

« ¡No soy el primero! exclamó; ¡qué insolencia! En mi vida me he visto en otra. »

Pero no hubo remedio, se quedó á la cola. Con grande impaciencia esperaba la salida para moler á golpes á Mustafá; mas éste, que se temía la cosa, trató de parar el golpe y, llegado el momento crítico, le hizo comprender que aquello no había sido una prueba im-

portante, que el concurso solemne tenía efecto al fin de los estudios y que para entonces le respondía él que se cubriría de laureles.

Estas bellas esperanzas calmaron un poco á Coqueluche, que sin embargo, daba vueltas por las habitaciones y decía á su madre :

« ¡No he sido el primero! ¿Puede darse mayor desgracia? Este pícaro Mustafá me ha quitado mi puesto de costumbre. ¡Perezoso! Se olvida de sus deberes. Se lo perdono por esta vez; pero tendré que vigilarle. ¡Pobre de él! ¡Le apretaré bien el freno! »

Y toda la gente palaciega tuvo compasión del infeliz Coqueluche.

## XXI

Del vivo interés que tenía Mustafá en que fuese irreprochable la conducta de su amo.

Sería una historia larga de contar la de todos los malos tratamientos que hubo de sufrir Mustafá en su empleo de paje de Coqueluche, sobre todo desde que el príncipe le aplicaba los castigos que él merecía.

En cuanto á las lecciones, Mustafá salía adelante fácilmente; pero además tenía que vigilar á su joven amo en su conducta, cuidando de que se conformara con los reglamentos de la escuela y no mereciera aquellos

castigos que como recaían en él le estorbaban para sus estudios forzosos.

Así pues, en cuanto llegaba la hora de ir á la escuela, corría por todas partes para advertir á su amo y como le encontrara perezosamente tendido en su hamaca ó jugando en los patios, le gritaba :

« Señor, vámonos, que es hora.

— Yo no tengo prisa cuando me divierto. ¿ Por qué vienes á molestarme?

— Pero señor, es que os harán copiar mil ó dos mil versos. ¿ Eso no es nada?

— Se copiarán », decía con entereza Coqueluche.

Sin embargo, como Mustafá conocía el secreto de aquel heroísmo, puesto que se ejercía á sus expensas, empleaba toda clase de mañas para apresurar á su amo, como habría podido hacerlo la madre más cariñosa : sus razones tenía para ello.

Antes de ponerse en marcha, Mustafá arreglaba los cuadernos y los libros, para que no hubiera reprimenda; y en la clase se plantaba detrás de Coqueluche y no cesaba de exhortarle al respeto que se debía al lugar en que se hallaba.

Finalmente, si no obstante su atención Coqueluche caía en falta, Mustafá hacía mil esfuerzos para disculparle, tanto como si se tratara de su propia persona. Todo el mundo en palacio se maravillaba al ver cómo

se las gobernaba Mustafá para manejar á su amo. Bergamota estaba atónita y solía decir :

« ¿ Pero qué libertades se toma ese tunanté? Cualquiera diría que él es el encargado de educar y de instruir al príncipe. »

Sin embargo, no le despedía ni le maltrataba y lo mismo hacía Coqueluche, tan persuadidos estaban ambos de que Mustafá era indispensable para continuar aquel sistema de educación único en el mundo.

De todos modos sería imposible contar los castigos que llovían sobre el desdichado muchacho. Á esto hay que añadir las infinitas molestias á que le sometía Coqueluche y todo lo sobrellevaba y salía adelante. Pero es verdad que, como sucede siempre, la Providencia le recompensó de tantos sinsabores y habriase dicho que sus penas y quebrantos le daban nueva actividad para trabajar y una habilidad para salir de apuros verdaderamente incomparable. Así aprendió lenguas muertas, historia, aritmética, elocuencia, filosofía y toda la política, siempre con la mayor modestia cuya costumbre adquirió en la oscuridad de sus funciones. Y cuando á veces estaba tentado de quejarse y de maldecir su condición tan cruel, su ángel de la guarda le soplabá al oído que no en vano se pasaba por aquellas pruebas y que recibiría la debida recompensa quizás más pronto de lo que podía figurarse.

## XXII

Brillante fin de los estudios de Coqueluche.

Por aquel tiempo el noble Picoglán que empezaba ya á envejecer abandonó un instante los trabajos del Estado para cerciorarse de las grandes cosas que le contaban respecto de su hijo.

Llegó pues al palacio manifestando la terrible intención de hablar á solas

con el joven príncipe para hacerse cargo de sus maravillosos adelantos. Grande fué el apuro de Bergamota y en cuanto á Coqueluche habría deseado tener de apuntador á Mustafá, como le tenía



en la escuela, para que le dijera las contestaciones; pero no hubo forma porque el visir quiso estar solo. Como es de suponer, el padre se llevó un gran chasco y atestiguó á los cielos que su docto hijo no había contestado sino con absurdos y sandeces. Sin embargo, como Coqueluche había fingido una tos que le cortaba

el resuello á cada instante, hicieron comprender al visir que el joven príncipe tenía aquel día desmayos y jaquecas que le quitaban la memoria, y que el día del gran concurso, ó sea la prueba final de todos los estudios hechos, vería pruebas contundentes del alto mérito que distinguía á su hijo. Picoglán hubo de contentarse con esta explicación, aunque á decir verdad sospechaba alguna trampa.

Efectivamente, poco tiempo después, tuvo lugar el concurso, ceremonia solemne instituída para proclamar el nombre del joven que había sacado mejor partido de sus estudios y que por consiguiente era más capaz de servir bien al Estado. Bajo este concepto, el vencedor en aquella lucha suprema obtenía singulares favores que sería muy largo enumerar aquí.

Parece superfluo decir que Mustafá había trabajado tanto y tan bien que se encontraba en una posición muy superior á la de todos sus competidores, lo cual hizo que Coqueluche obtuviera aquel día una victoria como jamás se había visto otra.

La ceremonia se hacía con gran pompa en un anchuroso patio muy adornado con banderas y banderines, á los sonidos de una imponente banda de música y en presencia de encumbrados personajes. En los intervalos de las tocatas, las trompetas anunciaban al heraldo que proclamaba en alta voz nombres de los vencedores.

Ahora bien, el que con más frecuencia resonó en medio de las aclamaciones fué el de Coqueluche, que triunfó en todas las clases, por lo cual apenas podía con la carga de coronas. Maravillado el pueblo por aquella victoria



inusitada le llevó á su casa en un carro de triunfo arrastrado por cuatro alumnos de los más torpes ricamente enjaezados y con plumeros magníficos. Fué una fiesta única : Bergamota estaba medio loca de júbilo y Picoglán que debió rendirse á discreción lloraba á lágrima viva.

La fiesta se prolongó durante la noche, y por primera vez el pobre Mustafá, solitario en su cuartito, sin que un alma le dijera una palabra y aplicando el oído á las aclamaciones de la delirante multitud, por primera vez, decimos, el pobre Mustafá sintió tan hondamente aquel abandono y aquella



injusticia que gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Y no fué todo aún. El glorioso sultán Kolifichet oyó hablar tanto de los triunfos del hijo de su visir, que quiso ver al joven y felicitarle, contentísimo porque ya su padre tenía tan buen sucesor. Así fué que se pusieron en marcha con mucho séquito para la capital dejando solo en el palacio á Mustafá, porque suponían que no necesitaban ya sus servicios.

El sultán recibió ostentosamente al visir y á su hijo.

« Joven, dijo á Coqueluche, veo con mucho placer que te pones en estado de suceder á tu padre que envejece y aspira al reposo. Sin embargo, para que no se diga que procedo por capricho, quiero abrir una oposición con un programa de doce cuestiones muy difíciles y el que las resuelva será mi primer ministro; no cabiéndome duda que tú saldrás vencedor. También deseo que se me presente un plan de campaña para desbaratar la liga de los Monomotapuinos que infestan mi territorio y al fin de esta segunda prueba te admitiré en mi palacio para que hagas el aprendizaje de los grandes asuntos del Estado. »

Estas brillantes proposiciones cambiaron notablemente las ideas de Coqueluche, que sintió al momento la imperiosa necesidad de llamar á su lado á Mustafá, como lo hizo. Con Mustafá todo marchó á las mil mara-

villas; todo lo que mandaba el sultán salía tan bien que los políticos más profundos se quedaban como si dijéramos con la boca abierta. Casi era ya seguro que Coqueluche sucedería á su padre, y Picoglán, que se caía de viejo, muy regocijado con los triunfos de su hijo regresó á su palacio para morir allí tranquilo y contentísimo.

Sin embargo, Coqueluche embriagado con su grandeza no había cambiado de tono con Mustafá y se olvidaba completamente de todo lo que le debía; con la mayor insolencia le encargaba que desempeñara sus propias tareas y seguía amenazándole con el látigo lo mismo que en tiempos anteriores. Pero es el caso que Mustafá, conociendo todo su valor, no estaba ya para tales bromas y con la mayor desenvoltura le decía: « Si Monseñor no está contento, nada más fácil que dejarle libre de mis servicios. »

Esto hizo reflexionar á Coqueluche, quien, comprendiendo al fin lo apurado que se vería si le abandonaba Mustafá, llegó á tratarle con más consideraciones. No obstante, como era malo por naturaleza y jamás había querido doblegarse á ninguna cosa, solía irritarle la resistencia de Mustafá, en cuyo caso se enfadaba de veras y á las amenazas sucedían las súplicas más vergonzosas para contenerle: « Querido Mustafá, sin ti estoy perdido, ten misericordia. » Si Mustafá hubiese

querido habría aprovechado la ocasión; pero su buen carácter y lo que había aprendido hacían que fuera un joven tan resignado como sensato.

## XXIII

Kolifichet comienza á ver claro en el asunto

Pero el sultán Kolifichet Ben-Assi (lo que significa bien sentado) que era un hombre de excelente juicio aunque no lo parecía, y que hablaba á menudo con Coqueluche creyéndole capaz, había notado repetidas veces que carecía su conversación de aquel brillo que rebosaba en sus obras. Ciertó es que entre los hombres de mérito todo el fuego de su genio se encuentra en sus escritos y la sencillez de su palabra puede atribuirse á su modestia ó á las distracciones de su entendimiento siempre ocupado; pero de todos modos soltaba Coqueluche tales tonterías sobre todas las cosas y con tal frecuencia, pues era muy charlatán, que la admiración de Kolifichet llegó á quebrantarse hasta lo sumo.

Á mayor abundamiento observó que los escritos de las tareas encargadas no eran de la letra de Coqueluche que escribía difícilmente y que parecía le costaba trabajo estampar su firma.

Sin andarse con más rodeos el sultán acabó por in-

terrogar sobre esto al príncipe, quien respondió descaramadamente que con efecto tenía su secretario para que hiciera la parte material de sus obras, pues él no tendría tiempo para emborronar el papel con el producto superabundante de su extraordinaria inteligencia.

Sin embargo, estas observaciones sembraron algunas dudas en el ánimo de Kolifichet y sucedió que cuando llegó el concurso decisivo que debía elevar á Coqueluche á la categoría de visir, el monarca, después de redactar el programa con las cuestiones que se habían de resolver, todas muy profundas, puso por condición que los opositoristas trabajarían separadamente y sin comunicarse absolutamente con nadie.

No le agradó la condición al joven Coqueluche; pero como no se declaró sino en la mañana del día del concurso, le cogió desprevenido y tuvo que trasladarse como sus rivales á una sala de trabajo donde se encontró solo.

Ahí le tenemos, pues, bien encerrado, paseándose de un lado á otro, rascándose la cabeza, espantando las moscas y jurando y perjurando, porque veía que pasaba el tiempo y que no podía hacer nada.



« ¡ Ah! Si Mustafá estuviera aquí, qué pronto resolvería todos los problemas », decía hojeando con las puntas de sus dedos los indescifrables papelotes.

Finalmente, encolerizado hasta no poder más, llamó con todas sus fuerzas y pidió que le llevaran á presencia del sultán, porque tenía que decirle una cosa importante.

Coqueluche se arrojó á los pies de Kolifichet y le confesó que, estando acostumbrado á trabajar con Mustafá, no le era dable concebir y escribir al mismo tiempo, añadiendo que su sublimidad no querría exponerle por tan poca cosa á un desaire y prometiéndole que si le concedía este leve favor, le entregaría en cambio la obra más perfecta que hubiese salido nunca de la cabeza de un visir.

Esta vez el sultán tuvo sospechas; pero respondió que el favor, en efecto, era leve y que se le iba á enviar el secretario. Así fué, y cuando entró Mustafá el sultán se escondió en una de las puertas secretas de la sala



donde trabajaba Coqueluche, detrás de una tapicería donde podía verlo y oirlo todo.

No bien hubo entrado Mustafá, su joven amo que le esperaba con la mayor impaciencia, exclamó diciendo :

« ¡Por fin estás aquí, tunante! ¡En buen apuro me pones! ¿Conque está visto que nunca cumplirás con tu deber? Te voy á moler á palos.

— Pero señor, respondió Mustafá conteniéndole, si me han prohibido entrar en esta sala.

— Pero bribón ¿no debías tú avisarme con tiempo? Vaya, vaya, tengo que corregirte.

— Despacito, señor; como vos ignoraba yo la orden y no podía adivinarla.

— Menos razones, vas á llevar tu merecido.

— Pues ya que lo tomáis así, os dejo abandonado solo al trabajo y si me tocáis, pediré justicia al sultán. »

Viendo Coqueluche que Mustafá se ensoberbecía y comprendiendo bien el caso en que se hallaba, tomó un tono más suave.

« Vamos, Mustafá, le dijo, hagamos las paces, te perdono.

— Si alguien tiene que perdonar aquí soy yo; pero la cosa no me da cuidado.

— ¡Ah! Mustafá, ¡conque te enfadas por tan poco y en un momento en que tanto te necesito!

— Eso es, me necesitáis y me maltratáis.

— Mustafá, amigo mío, hazme esta obra.

— Y me daréis de palos.

— Mustafá, amigo mío, querido compañero; después de haberme proporcionado tantos honores, ¿ahora dejarías tu obra por concluir y me impedirías llegar al colmo de la fortuna por no echar mano á esta última tarea? Con tu talento en una hora habrás despachado.

— Sois un ingrato, decía Mustafá.

— Te juro que en cuanto yo sea visir tu fortuna estará hecha.

— No creo en vuestros juramentos. »

Coqueluche se arrojó entonces á sus pies llorando y suplicando, besándole las manos y las rodillas, y Mustafá que era un buen muchacho, acabó por decirle :

« Vamos á ver, ¿qué tarea es esa?



— Mira, le contestó Coqueluche trasportado de júbilo, mira esos papelotes y á ver si haces con ellos algo bueno como lo tienes de costumbre. »

Mustafá, encogiéndose de hombros, tomaba ya la pluma.... cuando de repente se abrió la tapicería y apareció el sultán con los ojos inflamados de ira, porque tan villanamente había sido engañado, no menos que por el indigno carácter de que acababa de dar una prueba Coqueluhce. Dirigiéndose, pues, al joven príncipe le dijo con terrible voz :

« ¡Miserable! ¡No te avergüenzas de tratar así á ese joven virtuoso y de engañar á la vez á tus padres y á tu soberano! ¿Cómo te atreves á querer ocupar el primer puesto del Estado? Sal de aquí, despreciable criatura, vete á emponzoñar los últimos días de tu padre. Si no fuera por consideración á sus antiguos servicios, sufrirías la última pena; pero te arrojó fuera como á un perro y ese castigo bastará, pues siendo tan necio y vil como tú eres, volverás á la oscuridad de donde no habrías debido salir nunca. Te juro para tu eterno tormento que si ese noble joven sale vencedor en el con-



curso será ministro en tu lugar, ya que habrá dado las pruebas de una inteligencia que á ti te falta completamente. »

En el acto cuatro moros se apoderaron de Coqueluche y aunque Mustafá quiso interceder en su favor, Kolifichet se mantuvo implacable y Coqueluche fué arrojado del palacio con orden de salir de la ciudad inmediatamente si no quería exponerse á cosas peores.

## XXIV

Mustafá en candelero y Coqueluche en la miseria.

Como era de suponer, Mustafá triunfó de sus rivales y el sultán quiso cumplir su palabra, tanto por recomendar tan altos méritos como por dar un memorable ejemplo de justicia. Con efecto, proclamaron solemnemente á Mustafá gran visir del imperio de Frangipana y todos los frangipanos ó frangipaneses se entusiasmaron como de costumbre, aunque esta vez tenían en realidad motivos para estar contentos.

Cuando Coqueluche con la rabia en el alma salía de la ciudad, pudo oír la proclama de los pregoneros, el ruido de las músicas y las descargas de mosquetería que celebraban aquel feliz suceso. Marchaba á toda prisa perseguido de cerca y sin haber tenido tiempo para

llevarse ropa de muda, tanto que tuvo que mendigar para hacer el viaje y tardó diez y nueve días tres horas y veinte y cinco minutos en hacer el camino, pasando en él penalidades inauditas.



Llegado al palacio de su padre causaron gran sensación las noticias de lo ocurrido que él refirió despachándose á su gusto. Bergamota se trastornó de furor y corría como una loca gritando :  
 « ; Mustafá visir! ; Mustafá primer ministro! ; Ese pordiosero ocupa el puesto de mi hijo! Es un sueño. El sultán ha perdido el juicio. Aquí lo que conviene es sublevarse. »

Y en su delirio quería reunir á sus criados, poner sitio á la capital y derrocar al sultán porque persistía en que tenía la cabeza trastornada. Pero llegó oportunamente un correo que restableció la verdad de las cosas y aconsejó á la madre que se estuviera quieta, pues de lo contrario podrían salir muy mal parados ella y su hijo.

Que quieras ó no fué preciso digerir la calamidad y lo que es más, darse por contentos. Pero el desgraciado Picoglán cargado de años y de achaques no podía

soportar aquella deshonra y maldecía las funestas condescendencias de su mujer, causa de todo el daño. Bergamota por su parte lo achacaba todo al descuido de su esposo absorbido en sus ocupaciones y esta rebelión exasperaba al anciano tanto que falleció en la misma noche cargando de imprecaciones á la madre y al hijo.

Desde aquel día llovieron á manta de Dios las desgracias en aquel hogar, como sucede en toda casa mal gobernada. Coqueluche con su torpeza, su obstinación, su vanidad y su insolencia, incapaz de oír un buen consejo, se apoderó de los bienes y redujo á su madre á una especie de esclavitud que comenzó á ser su cruel castigo, pues está muy en el orden que sean despreciadas las madres que más han mimado á sus hijos.



Coqueluche quiso mantener en su desgracia la categoría en que se vió siendo criatura. Ignorándolo todo hizo grandes gastos, edificó palacios] y se dejó robar

por sus mayordomos y por todas cuantas personas empleaba. Además sus bienes disminuyeron mucho con el retiro de su padre, cuyos servicios le producían sumas enormes, por manera que los tesoros se deshacían como la sal en el agua.

Cuando Bergamota, abriendo por fin los ojos, intentaba alguna amonestación muy oportuna, él la mandaba á hilar y se burlaba de ella. Por indiferencia ó por mal corazón la había relegado poco á poco hasta un granero del palacio donde no comía más que cabezas de ajos yapestaba; tanto que la pobre mujer después de haber arrastrado algún tiempo aquella mísera existencia, falleció una noche sin ver á su hijo, de la gota serena, dijeron; pero yo aseguro que se murió de pesadumbre.

La muerte de Bergamota arrancó el último freno á los extravíos de Coqueluche. Cerrando los ojos ante el desprecio universal, se entregó como por desesperación á los mayores desórdenes y así continuó hasta que le arrojaron de su tierra como á un vagabundo, pues todos sus bienes estaban embargados y él estaba cargado de maldiciones por su indigna conducta.

## XXV

### Conclusión.

Entre tanto Mustafá gobernaba el imperio con una

sabiduría nunca vista. Poseía toda la confianza del sultán y no abusaba de ella, cosa notable en la historia; sino antes bien aprovechaba su favor para afianzar la autoridad de su amo, mejorar la condición de los pueblos, administrar justicia, proteger á los buenos y castigar á los malos, lo que viene á ser lo mismo, mantener la paz y la alegría por todas partes y educar á la juventud lo mejor posible. Como conocía la miseria de los pobres y su crecido número se ocupaba de ellos muy especialmente; y puede decirse que las grandes reformas introducidas por el sultán en otro tiempo en los pompones y los vivos de sus guardias fueron exactamente nada ó poca cosa en comparación de todo el bien que pudo hacer después gracias á su excelente ministro.

Debemos decir que Mustafá así que se vió en candelero se apresuró á sacar á su padre y á su madre de



su pobre choza y orgullosamente los llevó á la capital en su palanquín. Cuando los hubo presentado al sultán con la misma nobleza, quiso que se hospedaran con él en pa-

lacio sin lujo y sin pompa pero con decencia. Como su padre estaba todavía en edad de trabajar y no era perezoso; además como veía que haría mala figura en la corte al lado de su hijo tan ocupado, Mustafá le dió gusto poniéndole á la cabeza de un gran establecimiento que había fundado para fomentar la agricultura y que le servía á la vez de casa de campo. Allí fueron á vivir tranquilamente los padres de Mustafá y su amado hijo los visitaba á menudo y descansaba á su lado de sus extraordinarias ocupaciones.

Largos años gobernó así el Estado, y sin embargo, como era sobrio y de buenas costumbres, apenas había envejecido; lo único que había era que llevaba una barba muy larga con arreglo á la gravedad que le imponía su elevado cargo. Frecuentemente salía solo para cerciorarse por sus propios ojos de cómo iban las cosas y si todo el pueblo estaba contento, y en una de estas excursiones acertó á ver un día á un pobre cubierto de harapos acurrucado en el umbral de una puerta y que al parecer



no tenía ya fuerzas ni para pedir limosna : era Coqueluche. Mustafá le reconoció inmediatamente y se le partió el corazón de lástima ; mas, no atreviéndose á dirigirle la palabra, le despachó uno de sus oficiales para que le hiciera diversas preguntas :

« ¡Ay! señor, exclamó el mendigo clavando en el oficial su triste mirada, no sé hacer ninguna cosa, no tengo oficio ni beneficio y he caído en una debilidad que me imposibilita para todo trabajo.

— ¿No habríais podido poneros á servir? preguntó el oficial.

— Muy orgulloso era yo para servir á nadie y luego temía que me maltrataran, pues harto maltraté yo á mis sirvientes cuando era rico, que lo he sido y mucho, aunque ahora esté como me veis. En el día me sometería gustoso á todo con tal de expiar mis faltas, pero me faltan fuerzas y nadie me querría.

— Venid conmigo á la casa de campo de mi amo, dijo el oficial; yo os buscaré ocupación proporcionada á vuestras fuerzas. »

Pusiéronse en marcha el uno al lado del otro y en el camino el pordiosero no se cansaba de dar gracias á aquel hombre de bien que le sacaba de su terrible apuro.

Llegaron á la vivienda campestre donde vió Coqueluche muchos guardias, criados y esclavos, lo cual le indujo á creer que el amo debía ser un señor opulento.

El desconocido comenzó por llevarle á la habitación de los esclavos y le presentó al oficial que los mandaba diciéndole algunas palabras al oído, después de lo cual se retiró como quien tiene que entregarse á sus quehaceres.

En cuanto desapareció aquel hombre, el jefe de los servidores tomó un látigo y exclamó con voz formidable :

« Ea, ea, canalla, al trabajo que así lo quiere el amo, y sin andar perezoso, pues pobre de tí, pagarías muy cara la broma.

— ¡ Dios mío ! decía Coqueluche para sus adentros, así trataba yo á mis pobres servidores y ahora me ha llegado el turno del látigo, el encierro y las palizas. Mejor, porque á los primeros golpes sucumbiré y se habrán acabado mis penas con este postrer castigo de mis pecados. »

Los mayordomos hicieron como que llevaban á los sirvientes á sus distintas tareas; y á Coqueluche lo llevaron á una sala, con fuertes rejas, llena de pergaminos y de rollos de escrituras, donde encontró á su amo, hombre de barba muy larga, magníficamente vestido y con numerosa guardia en su derredor. Comprendiendo entonces Coqueluche que era un poderoso príncipe, cayó de rodillas y se prosternó; pero el señor ahuecando mucho la voz le dijo :

« Mira, mira, que no te he traído aquí para que estés

ocioso. Ahí tienes un trabajo muy pesado que me han impuesto; examina ese montón de manuscritos y me harás un informe de ellos muy circunstanciado con comentarios y tu dictamen sobre cada asunto.

— Señor, contestó Coqueluche con la frente en el polvo, soy un ignorante y por tanto incapaz de hacer ese trabajo.

— ¡Por mi barba! estamos bien, replicó el amo, y tus razones me parecen famosas; me importa poco saber cómo saldrás del paso, lo que quiero es que la obra esté bien hecha, pues de lo contrario lo pagarán tus costillas.

— Pero, señor, exclamó Coqueluche, aun cuando pasara cien años gimiendo sobre esos papeles, no adelantaría nada.

— Pues si no es más que eso, dijo el señor, yo conozco un remedio soberano. Venid aquí muchachos. »

Inmediatamente se acercaron cuatro horribles enanos negros y velludos como osos, armados con abominables látigos en cuyas puntas relucían agu-



dos hierros. Entonces Coqueluche, arrancándose la barba y desgarrando sus vestidos con la mayor desesperación, exclamó diciendo :

« ¡El cielo es justo! Así me porté yo indignamente con el más fiel de mis servidores. Pero ¿ cómo habéis podido adivinarlo? ¡ Ah! Sin duda me conocéis... esas guardias, esa pompa.... No hay más que una persona en el mundo que haya podido acertar para aplicarme ese castigo.... ¿ sois?... »

— Mustafá, sí, señor Coqueluche, Mustafá el gran visir », contestó el primer ministro que casi lloraba queriendo sonreirse.

De repente Coqueluche se levantó y con miradas encendidas hizo un esfuerzo para desaparecer, pues habría querido hundirse bajo la tierra. El visir le detuvo, y entonces Coqueluche, postrándose en el suelo, dijo :

« Cúmplase vuestra voluntad, señor, me someto al terrible castigo y quiera el cielo aceptarlo en expiación de mis culpas. Gaiga sobre mí vuestro menosprecio, triunfad con mi miseria, volvedme ultraje por ultraje que será justicia y lo tendré bien merecido. »



Pero Mustafá sin poder contener ya su emoción y deseando sobre todo poner un término á la humillación de su antiguo amo, le levantó, le estrechó en sus brazos y le dijo :



« No quiera Dios que mi corazón sea tan pérfido como pensáis, señor Coqueluche, á vos os debo todo lo que soy y todo lo que poseo y no lo olvidaré nunca. Vuestras faltas expiadas están, por vuestros infortunios y principalmente por la estratagema que yo he puesto en juego : advierto que la desgracia os ha corregido. No son extraños esos papeles á mis designios; nadie os obligará á trabajar; pero yo os pido que trabajéis con buen ánimo, porque todavía tenéis tiempo de adquirir los conocimientos que os faltan. Hacedos digno de los honores debidos á vuestro nacimiento y seguramente podéis contar con que yo haré mucho para rehabilitaros. »

Á Coqueluche le parecía estar soñando en presencia de tanta bondad, dulzura y grandeza de alma. Quiso precipitarse á los pies de Mustafá que le tendió los brazos y largo rato se abrazaron vertiendo lágrimas. Coqueluche juró que haría cuanto pudiera para merecer los favores que le ofrecían; y con efecto se veía que hablaba sinceramente. Mientras se confundía en protestas para

demostrar su gratitud, el visir le dijo que aquel primer día debía ser alegre y que con tal motivo había mandado preparar un festín y algunas diversiones públicas

Llevaron á Coqueluche á que se mudara de ropa, pues estaba muy mal vestido y luego bajaron á la sala del banquete que fué magnífico. Gringola y Gringoleta estaban allí muy engalanados y pusieron buena cara al huésped : parecía aquella la fiesta del hijo pródigo.

En la mañana del día siguiente Coqueluche emprendió su tarea con ardor, como un hombre deseoso de aprender y á quien le falta el tiempo para instruirse.

Mustafá solía auxiliarle con sus consejos, tanto que en mil trescientas medias-lunas aproximadamente, pudo ya aprovechar la buena voluntad de su bienhechor, quien se empeñó con el sultán para que le nombrara teniente del primer visir para toda la administración del imperio. Se calcula que Mustafá gobernó gloriosamente hasta el año del cometa, el 53° de la era de la libertad en el que hubo gran profusión de alborotos; y hará de eso allá por la primavera florida como un millón setecientas mil docenas de meses, lo cual no es poco, si se echa bien la cuenta.

*(Copiado de las Crónicas y Bibliotecas volantes de humíltisimo y fiel drogmán Urkali.)*

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## INDICE

---

I. Nacimiento de Coqueluche. . . . .	6
II. Etimología del nombre de Coqueluche. . . . .	12
III. Consulta de doctores para cuidar al niño. . . . .	15
IV. Las diversiones de Coqueluche. . . . .	22
V. Otras diversiones . . . . .	31
VI. Primera entrevista de Coqueluche y Mustafá. . . . .	40
VII. Los juegos de Coqueluche y la contestación de sus compañeros . . . . .	42
VIII. El gobernador Chufiakusch y sus opiniones . . . . .	47
IX. Las opiniones de Bergamota. . . . .	53
X. Se busca un paje para ayudar á Coqueluche en sus nuevas ocupaciones . . . . .	58
XI. El maravilloso caballo llamado Patitieso. . . . .	61
XII. La casa de Gringola y de Gringoleta, padre y madre de Mustafá . . . . .	70
XIII. Las noticias de Coqueluche que dió Mustafá á Bergamota. . . . .	75
XIV. Fiestas en memoria del regreso de Coqueluche. . . . .	78
XV. Toma de posesión del empleo. . . . .	81
XVI. Otros oficios de Mustafá. . . . .	84
XVII. Coqueluche en las escuelas públicas. . . . .	87
XVIII. De cómo se las gobernaba Coqueluche para vencer las dificultades de los estudios . . . . .	91
XIX. De los resultados que los castigos de Coqueluche tenían para Mustafá . . . . .	95
XX. Contrariedades en los triunfos de Coqueluche . . . . .	100
XXI. Del vivo interés que tenía Mustafá en que fuese irreprensible la conducta de su amo . . . . .	102
XXII. Brillante fin de los estudios de Coqueluche . . . . .	105
XXIII. Kolifichet comienza á ver claro en el asunto . . . . .	110
XXIV. Mustafá en candelero y Coqueluche en la miseria . . . . .	116
XXV. Conclusión . . . . .	119

